



Joaquín Calvo-Sotelo

El poder

Crónica del Renacimiento en siete capítulos y un prólogo, dividida en dos partes, con un solo intermedio

A José María Ruiz Gallardón

PERSONAJES

BIANCA, 20 años.
EL AYA, 60 años.
ELENA, 60 años.
BRUNO, 22 años.
RÓMULO, 24 años.
CANCILLER, 60 años.
LAURO, 20 años.
OSWALDO, 26 años.
AURELIO, 38 años.
DALMIRO, 28 años.
VÍCTOR, 65 años.
ARZOBISPO, 65 años.
SPONCELLI, 50 años.

Estrenada en el Teatro Alcázar, de Madrid, la noche del 5 de octubre de 1965.

Parte I

Cuadro I

Aparece un pequeño cartel que dice: EL BANQUETE. Inmediatamente que sea retirado, se ilumina la escena.

Nos encontramos en el palacio de los Duques de Luca y de Rovina. Aun cuando la obra transcurre en diversas estancias del palacio, el decorado debe ser fijo y único, y variar tan solo en los muebles. Puesto que El Poder se desenvuelve en la época del Renacimiento italiano, el decorado se ajustará a esa época, pero será, sin embargo, lo suficientemente impersonal como para que hospede, tanto la estancia de BRUNO, en este primer cuadro, como las de LAURO, RÓMULO y VÍCTOR, más tarde. Elementos constantes de este escenario serán unas puertas convencionales, a derecha e izquierda, y otra al foro, que cuando las circunstancias lo exijan funcionará como una ventana al patio de armas. En este cuadro habrá una celesta al fondo derecha, salvo que BIANCA se acompañe ella misma, de forma real o simulada, con un laúd. Habrá también una larga mesa con candelabros y copas. Esa mesa estará colocada provisionalmente en el foro izquierda, y dispuesta para ser trasladada cuando la acción lo indique, a primer término, en el centro del escenario. En la vecindad de esta mesa habrá cuatro jamugas de cuero y, al fondo, un sillón, más solemne, que servirá de trono para AURELIO. BRUNO, el príncipe BRUNO, es un muchacho de unos veintidós años, que está sentado en su carrito de ruedas, que a veces maneja por sí mismo, y otras mueven dos pajes. Deberá servirse de cualquiera de los que la moderna ortopedia pone al alcance de los inválidos y que son fácilmente manejables. Habrá que enmascararlo, eso sí, para ocultar su anacronismo, como el decorador aconseje, de manera que tenga la agilidad moderna, pero la apariencia de la época. Al comenzar la acción, BIANCA pulsa el último acorde del laúd o de la celesta. Acaba de cantar una canción en su estrofa final. La misma que cantará íntegramente al comienzo del cuadro cuarto de la segunda parte. BIANCA tiene dieciocho, veinte años, y es más bonita que joven.

Los términos de derecha e izquierda van siempre referidos al espectador y no al actor.

BRUNO.- ¿Dónde aprendiste canto, Bianca? ¿O naciste sabiéndolo?

BIANCA.- Lo aprendí de niña, en el coro de la catedral.

BRUNO.- ¿Qué es lo que has cantado?

BIANCA.- Una canción de amor. ¿No se notaba, Príncipe?

BRUNO.- ¿Te la habían enseñado allí?

BIANCA.- Claro que no.

BRUNO.- Me remuerde la conciencia de haber arrebatado a los serafines la voz más bonita del reino.

BIANCA.- Tranquilízate. Era fatal que sucediese. Ya entonces presentía que mi devoción iba a durar poco... Y cuando te vi por primera vez, la mañana del Domingo de Ramos, comprendí que mis presentimientos estaban justificados.

BRUNO.- ¿Fue en mí en quien te fijaste?

BIANCA.- Sí... Tú fuiste el elegido de mi mirada, primero, y de mi corazón, después.

BRUNO.- ¿No miraste a nadie más?

BIANCA.- Algunos me miraron a mí, pero yo hice como si no les viese.

BRUNO.- Hay diversas razones para que dude de lo que dices, pero es agradable oírtelo.

(Lejanamente se oye un rumor de aclamaciones, entre las que predomina la de «Viva el Príncipe», coreada por numerosas voces entusiastas. BRUNO las escucha, visiblemente impresionado. Los vítores le cruzan el rostro como las ráfagas de luz de un faro. A veces, se le crisan las manos sobre los brazos de la silla.)

BIANCA.- ¿Qué te pasa?

BRUNO.- Nada...

BIANCA.- No me lo niegues. Te noto en la cara el sufrimiento.

BRUNO.- No, Bianca, no. No presumas tanto. Solo el placer me traiciona a veces.

BIANCA.- (Tenuemente, como si temiese hablarle de un tema que le fuera ingrato.) La ceremonia de la coronación debió de terminar ya...

BRUNO.- Seguramente...

BIANCA.- Mira..., aquí viene el Aya...

(Y entra el AYA, en efecto, por la derecha. Es una mujer tierna y vivaz.)

AYA.- Hola, Príncipe mío.

BRUNO.- Cuéntamelo todo.

AYA.- El Príncipe, tu hermano, ha sido aclamadísimo. Cuando salió del castillo, la plaza estaba llena de gente que había ocupado sus sitios desde antes del amanecer. Se oía gritar: «¡Viva el Príncipe Aurelio!». Y muchas personas lloraban de emoción.

BRUNO.- ¿Sí?

AYA.- No solo, pienso yo, por la alegría de ver a vuestro hermano mayor tan fuerte, tan majestuoso, sino por el recuerdo del Príncipe Víctor, vuestro padre, el ser más noble que ha existido nunca y al que el pueblo quería tanto.

BRUNO.- Sigue, Aya.

AYA.- Había doscientos caballeros en el patio de armas y, cuando apareció Aurelio, sacaron las espadas y le rodearon.

BRUNO.- (Con temor.) ¿Le rodearon?

AYA.- No para nada malo, Bruno, ya te lo supondrás, sino al revés, para darle escolta. Y Aurelio, en un caballo negro como el azabache, al que llevaba de las riendas un palafrenero, echó a andar hacia la catedral, mientras todas las campanas repicaban.

(BIANCA se va por la izquierda.)

BRUNO.- ¿Y la comitiva?

AYA.- Primero iba Lauro, claro, tu sobrino el Príncipe heredero, y después, Dalmiro, Oswaldo y Rómulo, tus hermanos. ¡Qué buenos mozos todos!

BRUNO.- Ninguno como Rómulo.

AYA.- Sí... El Príncipe Víctor y la Princesa Herminia sabían hacer las cosas y las hicieron cada vez mejor. Los ojos de Rómulo son los que brillan más, y su voz, la más noble.

BRUNO.- El último en nacer fui yo, y conmigo, de poco les sirvió la práctica.

AYA.- No es verdad. Cuando naciste, tú eras el más guapo. Tu piel, la más fina; tu mirada, la más expresiva... Tú empezaste a hablar antes que ninguno. El Príncipe Víctor, que Dios tenga en su gloria, se miraba en tus ojos. Después..., vino lo que vino, aquella maldición. Pero si las piernas te han traicionado, brazos tienes para ahogar un buey, y ninguno rinde tanto a las mujeres. Se enamoran de ti y les das miedo: las dos cosas a la vez. Bianca, tu predilecta, te quiere y te teme a partes iguales. A propósito, ¿sabes quién bebe los vientos por ella?

BRUNO.- No.

AYA.- Adivínalo.

BRUNO.- Detesto esa clase de juegos. Si Bianca fuese fea, tendría cierta gracia acertar. Siendo tan hermosa como es, no. ¿Quién bebe los vientos por ella, como tú dices?

AYA.- Alguien muy cercano a ti.

BRUNO.- (Alarmado.) ¿Rómulo? Estaría perdido si fuese él.

AYA.- ¿Por qué?

BRUNO.- Vale tanto...

AYA.- Tranquilízate, no es Rómulo. Es el Príncipe Lauro.

BRUNO.- ¿Cómo lo sabes?

AYA.- He seguido la pista a unas flores... Mejor dicho, al mensajero que las llevaba. Era un paje del Príncipe Lauro.

BRUNO.- ¿Qué harías tú en el caso de Bianca?

AYA.- ¿Yo? No sé por qué me lo preguntas, Príncipe. Para mí, tú eres algo aparte... Pero, ojo con Bianca. Lauro será Rey un día y es alto: Rey dos veces.

BRUNO.- Bianca me pertenece como este anillo de oro.

AYA.- Sí, sí, pero...

BRUNO.- Es igual que un animalito dócil, tierno y deslumbrado.

AYA.- Pues, entonces, ¡ojo con los animalitos!...

BRUNO.- Sigue contándome...

AYA.- No tengo nada más que contarte. Yo estaba en el coro, junto al órgano, y veía muy mal.

(BIANCA acaba de entrar. Dejó dentro el laúd y se ha envuelto en una especie de rebocillo como si se dispusiera a marcharse... Se oyen, lejanamente, unas explosiones.)

(Transición.) Mira, ya sale el cortejo. Son las salvas...

BRUNO.- ¿Te vas, Bianca?

BIANCA.- Sí. Y quiero darte las gracias. (Le enseña la pulsera que lleva puesta.) Es muy bonita la pulsera. ¿Sabes, sin embargo, cuál sería tu mejor regalo?

BRUNO.- No...

BIANCA.- Que me dijese: «Vuelve esta noche». Eso, si no quieres hacerme otro mejor. Decirme: «Quédate».

BRUNO.- Márchate antes de que llegue la hora del relevo. El deseo de los soldados que prestan servicio y se sienten cansados, tal vez no es peligroso, pero el de los que entran de refresco, sí. Una sonrisa tuya bastaría para amotinar a la guardia.

BIANCA.- No sonreiré, Príncipe.

BRUNO.- Convendría, además, que no te vieses los ojos. Solo así se hará el relevo en paz. (Transición.) Por cierto, esa flor que llevas en el pecho, ¿la cogiste al pasar por el jardín o alguien te la regaló junto con otras?

BIANCA.- Me la regalé yo misma...

BRUNO.- Yo sé quién te enviaría un centenar todas las mañanas.

BIANCA.- Veinticuatro me mandaron ayer, que dejé sin agua para que se marchiten antes... (Súbitamente.) ¿Cómo lo sabes...?

BRUNO.- Nada pasa en el reino que yo ignore.

BIANCA.- Eres brujo... Me voy. Llámame cuando oscurezca.

BRUNO.- Quizás...

BIANCA.- Apenas si viviré esperándote... (Le lanza un beso con la punta de los dedos.) Adiós, Aya...

(El AYA le sonrío, mientras ella hace mutis por la derecha.)

BRUNO.- Y Rómulo... Háblame de Rómulo.

AYA.- ¡Ah, Príncipe mío! Rómulo es tu debilidad.

BRUNO.- ¿Por qué no? Es, sí, la obra maestra de mis padres. El más inteligente... y el más bueno. No subirá nunca al trono, pero hubiese sido un príncipe ejemplar. Te lo digo yo, Aya.

AYA.- Claro que no subirá. Lauro, el hijo de Aurelio, está antes que él, y luego vienen Dalmiro y Oswaldo, y el Príncipe Aurelio dista mucho de ser un alfeñique. Lauro, en cambio, no tiene salud, no se cuida... Pero, ¡qué hermosa familia es la vuestra! Siempre os recuerdo en torno a vuestro augusto padre, el Príncipe Víctor, aquel dios, mientras agonizaba. ¡Qué cuadro, Virgen mía! ¡Y qué tranquilidad le daba a uno pensar que el reino lo defenderían siempre de sus enemigos aquellos hombres!

BRUNO.- Nuestro reino tiene una ventaja, que es muy rico. Y una desventaja, que es muy pequeño. Es una guinda azucarada que muchos quisieran llevarse a la boca.

AYA.- El Sultán no se saldrá nunca con la suya. Nosotros somos más valientes.

BRUNO.- Es ridícula cosa confiar tan a ciegas en el valor. Porque el valor no es una virtud permanente, como la inteligencia, sino pasajera. El héroe de hoy, es cobarde mañana. (Sarcástico.)

Nuestros soldados han corrido muchas veces, Aya.

AYA.- ¡Príncipe!

BRUNO.- (Excitado.) Sí, cuando eran menos que sus enemigos, o estaban peor emplazados, o les faltaban las municiones. Tú crees todavía esas historias que se cuentan en las escuelas y de las que siempre resulta que hemos hecho un papel brillante. Pintorescas historias... Pero, ¿qué tiene que ver que nuestros soldados hayan corrido para que no exista otro reino en el que sea más dulce la vida?

AYA.- Me desagrada que hables así, Príncipe. Yo no quiero que nadie me enseñe la parte fea de las cosas. Me gusta la inocencia. El día en que supe cómo nacían los niños, lloré horas y horas y, desde entonces, la verdad me ha costado solo lágrimas.

BRUNO.- ¡Pobre Guillermina! Olvida lo que te he dicho y no me guardes rencor.

(Se oyen pasos por la lateral izquierda.)

AYA.- ¡Es el Príncipe Rómulo!

BRUNO.- (Jubilosamente.) ¡Rómulo!

(RÓMULO, que entra por la izquierda, viste traje de gran gala. Es un hombre apuesto y atrayente.)

Hola, Rómulo.

RÓMULO.- ¿Por qué faltaste?

BRUNO.- Me sentía mal, hermano.

RÓMULO.- No es cierto.

BRUNO.- Sí, tuve fiebre toda la noche.

RÓMULO.- ¡No es cierto!

BRUNO.- (Colérico.) A ti, que eres sensible, que cantas en tu laúd las más bonitas canciones y que escribes en hexámetros, ¿tendré que explicarte por qué no he ido? Porque no puedo montar a caballo, ¿me entiendes?

RÓMULO.- (Apesadumbradamente.) Sí, Bruno.

BRUNO.- Porque no quiero darme al pueblo en espectáculo. Porque no quiero ser llevado por la puerta excusada de la sacristía y plantado allí, en el altar mayor, antes de que empiece todo, descolgado como una araña o un incensario desde el cimborrio. Que los embajadores, los príncipes extranjeros y las damas se pregunten «¿Por dónde ha entrado ese?», y que después, cuando ya la ceremonia ha concluido y los cirios se apagan y vosotros salís hacia la plaza, llena de sol y de aclamaciones, yo tenga que ser retirado como vine, por dos servidores leales que empujan las ruedas de mi carro de inválido. Por eso no he ido, ya lo sabes, ya deberías haberlo sabido.

RÓMULO.- Tienes razón.

BRUNO.- Y por algo más que tampoco se te oculta. Porque hubiera sufrido viendo que la corona de nuestro padre se ceñía en las sienes de Aurelio y no en las tuyas. Sí, ya sé que los derechos de Aurelio y los de su hijo y los de nuestros hermanos son anteriores. Pero tú eres el mejor de todos. Gobernarías el reino prudente y sabiamente, como nuestro padre. El Rey Víctor, también te prefería.

RÓMULO.- No. Para él contaba tan solo el primogénito. Nosotros éramos sus sustitutos nada más.

BRUNO.- Pero él sabía que Aurelio era inferior a ti.

RÓMULO.- Basta, Bruno. No murmures de Aurelio. Hemos de respetarle.

BRUNO.- Murmuraré siempre de quien ocupe el trono que mereces. Tú, hermano, eres mi señor y nadie más. Solo a ti obedezco, solo a ti sirvo.

RÓMULO.- Hacer el bien trae a veces consigo la carga de que se lo agradezcan a uno demasiado.

BRUNO.- Yo no te lo he agradecido ni siquiera lo bastante. Si hubiese contado las horas en que me has hecho compañía y las que me han hecho mis otros hermanos, tú doblarías las de todos. Tú me preferías a los ciervos, a los profesores de esgrima y aun a las alumnas del Colegio de Nobles. Tú has sido mi familia entera, las hermanas que no tuve, la madre a la que inspiraba horror, y siempre estaré en deuda contigo.

RÓMULO.- Págala, sirviendo a Aurelio.

BRUNO.- Pero, ¿es que no le envidias? ¿No querrías ser lo que es él?

RÓMULO.- Me pareció siempre tan imposible serlo, que ni envidia he sentido.

BRUNO.- (Violento.) Y si envidia no, amargura, rabia, ¿tampoco la sentiste?

RÓMULO.- ¿Por qué?

BRUNO.- Es penoso ver que otro se lleva los honores, las aclamaciones, la gloria, simplemente porque nació antes.

RÓMULO.- Es la ley de las Monarquías. Porque nuestro padre nació antes que el Príncipe Alberto, es nuestra rama la que reina y no la de nuestros primos, y esa fría cosa que es la fecha de nacimiento escribe la historia durante siglos.

BRUNO.- ¿Nunca pensaste rebelarte contra ella? ¿Nunca consideraste esa preferencia como un despojo?

RÓMULO.- No.

BRUNO.- Quizá, porque no amas el poder.

RÓMULO.- ¿Y qué es el poder?

BRUNO.- Es un vino, Rómulo, que emborracha más que ninguno. No hay en los viñedos del reino otro de más grados.

RÓMULO.- (Bromea.) Puesto que no he de beberlo nunca, mejor es que no me tiente.

BRUNO.- Quizá aciertes en eso, hermano. Aurelio, sin embargo, no es como tú. Cuando nuestro padre moría, bastaba mirarle para comprender que le devoraba la impaciencia.

RÓMULO.- ¡Bah! Iba a esperar tan poco...

BRUNO.- Sí. Pero si nuestro padre hubiese muerto después del Miércoles de Ceniza, Aurelio habría tenido que coronarse pasada la Cuaresma. Y la mañana en la que los doctores le dijeron que, a su juicio, la gravedad había cesado, yo, que le observaba muy de cerca, vi cómo clavaba sus uñas en el brocado del lecho y cómo apretaba las mandíbulas.

RÓMULO.- Imaginaciones tuyas, Bruno... Aurelio era el favorito de nuestro padre y correspondió siempre a su cariño.

BRUNO.- ¿Siempre?

RÓMULO.- (Desconcertado. Sin entenderle.) Sí...

BRUNO.- ¿Tú estás muy seguro de que no quiso asesinarle?

RÓMULO.- ¿Qué calumnia es esa?

BRUNO.- ¡Sé bien lo que me digo! Vosotros ignoráis muchas cosas. Vais a fiestas, a torneos, cantáis y os emborracháis. Pero yo paso las horas sentado frente a las ventanas del patio de armas y nadie lo cruza sin que yo le vea. Meses antes de que se le declarase a nuestro padre su última enfermedad, una noche, ¿lo recuerdas?, tuvo unos dolores horribles y todos creímos que había llegado su fin. Se le dieron triacas para que se le vaciasen las entrañas, le sangraron y, gracias a eso, se salvó. Pero no hacía muchos días que yo había visto llegar a la cámara de Aurelio a la condesa Alarbi.

RÓMULO.- ¿Y quién es la condesa Alarbi?

BRUNO.- Es doctora en Ciencias Ocultas y en Astrología, y supo quitarse de en medio, bien expeditivamente, al conde Alarbi, primero, y a su amante, más tarde; dos hombres que la embarazaban, si bien de distinta manera. Sus bebedizos son tan famosos como los vinos de Orvieto.

RÓMULO.- ¿Crees que intentó envenenarle?

BRUNO.- ¡Claro que sí, hermano inocentísimo! ¿Te parece horrible? Naturalmente... Primero, porque tu alma es pura como la de un arcángel y no concibe tanta perfidia. Segundo, porque el poder no te tienta y apenas comprendes que tienta a los demás. Un eunuco se asombraría viendo a dos hombres apuñalarse por una mujer. Pero a

Aurelio le pesaba mucho su condición de heredero y quiso dejar de serlo.

RÓMULO.- ¿Le hablaste de esto a alguien?

BRUNO.- ¡Qué absurdo! A nadie.

RÓMULO.- Es menester que no salga de tu boca ni una palabra. Quebrantaríamos la autoridad de Aurelio, y a todos nos importa cuidarla.

BRUNO.- No te preocupes. La murmuración es como las serpentinas de los bailes, que solo hacen caer a los beodos. A los que pisan fuerte no les daña apenas y aun les sienta bien, igual que la hiedra a los grandes palacios.

RÓMULO.- No, no... Nadie ha de dudar de la honradez de Aurelio. Un Rey es un diamante, y de su luz vivimos todos.

BRUNO.- Ya me libraré yo de empañarla.

(Se oye fuera batir marcha.)

AYA.- Es el Príncipe Aurelio...

RÓMULO.- Viene a recibir tu juramento de fidelidad.

BRUNO.- Juraremos.

RÓMULO.- Pero no en ese estado de espíritu, Bruno. Jurar, es algo sagrado.

BRUNO.- La voluptuosidad de quebrantarlo, hará inmortal el juramento.

RÓMULO.- Calla, Bruno, es desmoralizador oírte.

(Por la izquierda entran unos soldados con alabardas, que se distribuyen por la escena. Dos de ellos dan escolta al sillón del trono. Entran a continuación el Príncipe LAURO, seguido de OSWALDO y DALMIRO, todos los cuales se situarán a un lado de la escena. A ellos se suma RÓMULO. LAURO es un adolescente pálido y exaltado. OSWALDO es recio, cuadrado, militar. DALMIRO tiene la belleza delicada de los efebos, es rubio y frágil, pero ni su voz ni sus ademanes deberán dar, en ningún momento, una sensación equívoca. Entra, entonces, AURELIO, que va directamente al sillón del trono. AURELIO es un hombre joven todavía, pero de mayor edad que los otros. Se coloca frente a ellos, asistido de dos pajes. Le acompaña el CANCELLER, hombre de barba pelirroja y edad madura. Ahora llega el ARZOBISPO, acompañado de dos acólitos, portadores de los ciriales, y de un monje con los Evangelios, al que de nuevo le hacen la reverencia los circunstantes. BRUNO está solo, cercano a la lateral derecha.)

CANCELLER.- Príncipe: en la mañana de hoy, vuestro augusto hermano, el muy alto y muy noble señor Aurelio de Luca y de Rovina, ha sido ungido en el altar mayor de nuestra catedral como Príncipe reinante, a cuyo trono ascendió al morir vuestro augusto padre, nuestro muy llorado soberano el Príncipe Víctor. Conviene pedirnos el

juramento de fidelidad al nuevo Señor, cuyos destinos Dios llene de gloria, tal y como hoy se hizo con los demás Príncipes. ¿Estáis dispuesto, a su igual, a formularlo sobre los Santos Evangelios cuando os lo reclame su ilustrísima el señor Arzobispo?

BRUNO.- Sí, Canciller.

ARZOBISPO.- Voy, pues, a tomároslo. Príncipe Bruno de Luca y Rovina, hijo legítimo del Rey Víctor y de la Princesa Herminia: ¿Juráis como Señor al más alto y más noble Príncipe Aurelio, Soberano de estos reinos por la gracia de Dios?

BRUNO.- Sí, juro.

ARZOBISPO.- ¿Juráis obedecerle en cuanto os mande, defenderle de sus enemigos y de los del reino; derramar, si fuese preciso, vuestra sangre por salvar la suya, y ser en todo su fiel súbdito?

BRUNO.- Sí, juro.

ARZOBISPO.- Besad la mano a vuestro augusto Señor, en señal de acatamiento.

(Dos pajes empujan el carrito de BRUNO y lo acercan al sillón de AURELIO. Una vez que BRUNO le besa la mano, los dos pajes retiran de nuevo a BRUNO al lugar que ocupaba anteriormente.)

Que Dios os premie, si cumplierais lo que habéis jurado, y os pida, si no, estrecha cuenta.

(El ARZOBISPO le bendice. Bendice igualmente a AURELIO y a los Príncipes, y, con la misma comitiva que le acompañó, hace mutis por la izquierda.)

CANCELLER.- Pienso, Señor, que debo dejaros.

AURELIO.- (Con una cómica presteza que provoca la risa de todos.) Sí. (El Príncipe AURELIO abandona el sillón del trono y baja al centro de la escena.)

CANCELLER.- Comprendo que estáis deseando sacudiros las etiquetas cortesanas y descansar de tan larga ceremonia.

AURELIO.- Me apretaba el jubón terriblemente, canciller Pavanni, y la imposibilidad de soltármelo me ha amargado el Aleluya. ¿Me diréis que por qué me lo apreté tanto? Pues, porque he engordado últimamente de un modo atroz y temí que la tripa se me notase demasiado.

BRUNO.- Las grasas son amigas de la majestad.

AURELIO.- ¡Lauro! ¡Ayúdame! ¡Suéltame esa hebilla maldita!

(LAURO le obedece. AURELIO se quita el cinto y lo tira.)

¡Ea, ya respiro...! ¿Qué pasa, Canciller?

CANCELLER.- Solo un momento, Señor, y me voy. Produciría un efecto excelente que indultaseis a algunos presos.

AURELIO.- Indultad a cuantos os apetezca.

CANCELLER.- Algo más, Señor. Hoy, también deben repartirse comidas

y bebidas gratuitamente en los barrios del puerto. Recordad que, por la tarde, los visitaréis.

AURELIO.- ¿Insinuáis que se me vitoreará en la proporción en que se haya bebido? El fervor de mis súbditos, ¿nace de su alcohol?

CANCILLER.- Nada de eso, pero tampoco es inoportuno estimularlo.

AURELIO.- Bien, alimentadles, embriagadles. ¿Algo más, canciller Pavanni?

CANCILLER.- (Le besa la mano.) Nada más, Señor. (Y hace mutis.)

(Cuando ya se fue, se produce en la atmósfera, cargada de solemnidad, una alegre distensión. Se rompe el protocolo y los Príncipes recobran su jovialidad de hermanos. BRUNO queda situado al extremo derecho, al hilo del decorado, en el espacio más próximo al espectador. RÓMULO se le acerca y habla con él en voz baja. Los demás Príncipes se despojan de sus dalmáticas de gala, ayudados por los pajes, que se las llevan, así como la corona y el manto de AURELIO. En el ínterin suena dentro una música de fondo. La más adecuada es, quizá, el concierto en re menor, para oboe, segundo tiempo, allegro, de Telemann, interpretado por los solistas de Zagreb, en disco estereofónico Amadeo Ham 250-12. De no encontrarlo, puede ser sustituido por cualquier otra música de la época.)

AURELIO.- ¡Uff!..., qué pesado sujeto. (Transición.) Bruno, tu puesto ha estado vacío y me ha dado pena que no lo ocupases.

BRUNO.- Yo, señor y hermano mío, estropeo los decorados más suntuosos. Soy como una figura de arcilla entre mármoles, y pensé que quitaría brillantez a la ceremonia acudiendo a ella. Esto aparte, después de dos noches de fiebre, me sentía demasiado débil para presenciarla.

AURELIO.- Pero Lauro también tenía fiebre y fue.

LAURO.- Hace ya días que la tengo y estoy acostumbrado.

OSWALDO.- Es una lástima que no hayas venido.

RÓMULO.- La catedral estaba preciosa. Cantaron unos motetes de Monteverdi. Y nunca se han oído voces más afinadas.

AURELIO.- Yo no entiendo vuestra filarmonía, ni me preocupa mucho. Pero el guirigay del coro y del órgano, el incienso y las reverencias, me han abierto el apetito. Bruno: ya que acabas de jurar defenderme de mis enemigos, defiéndeme del hambre, que es el peor de todos.

BRUNO.- No de los Príncipes, sino de los pobres. El de los Príncipes es la adulación, de la que, claro está, ningún pobre padece.

AURELIO.- La adulación engorda tanto como adelgaza el hambre. Da orden, Bruno, de que me la quiten.

BRUNO.- Nada más fácil, hermano mío. ¡Aya! Como conozco vuestro apetito, he hecho preparar los mejores manjares de que dispongo.

AYA.- ¿Me llamabais, Príncipe?

BRUNO.- (Festivamente.) Nuestro soberano tiene hambre.

AYA.- Todo está a punto, Príncipe.

(El AYA hace unas señas. Los pajes cogen la larga mesa que estaba en el fondo izquierda y la sitúan en el centro de la escena. Acomodan las jamugas alrededor de ella, de manera que queden tres al fondo, y dos, una a cada lado de la escena. Los Príncipes se situarán por el siguiente orden: de izquierda a derecha, OSWALDO -este en el término izquierdo de la mesa-; en la parte central, de cara al público, LAURO, AURELIO y DALMIRO; en el extremo derecha de la mesa, RÓMULO.

BRUNO, con su carrito, se sitúa entre el espectador y la mesa, muy próximo a la jamuga de RÓMULO.)

AURELIO.- ¡Bravo! ¡Qué paisaje maravilloso! ¡Bebe, Lauro, hijo, por una vez! Bebed, hermanos míos; bebamos.

(Todos se sirven con abundancia. AURELIO, sentado de cara al público, trincha un pollo con los dedos y come glotonamente.)

Tú, Dalmiro, ¿sigues con tus dengues, con tus debilidades, con tu desgana? ¿Te alimentas del aire, del olor de las flores?

(Todos se ríen.)

OSWALDO.- El amor es su manjar predilecto.

AURELIO.- ¡Por el amor de Dalmiro! ¡Por la princesa desconocida!

OSWALDO.- Desconocida, no, no...; ni princesa, tampoco; ni sus padres, príncipes. Salvo que se entienda por trono el pescante de las diligencias que llevan a Fiume.

AURELIO.- ¿Cómo? ¿Qué historia es esa?

DALMIRO.- (Severo.) Te prohíbo, Oswaldo, que hables así. Diana no es hija de príncipes, pero no conozco a ninguna mujer que valga más que ella.

AURELIO.- Querido hermano: los amores con mujeres que no son de nuestra clase, nos han proporcionado a todos horas inolvidables, ¿verdad, Oswaldo; verdad, Rómulo y Bruno? ¡Ah!, la naturaleza no tiene prejuicios de casta y hace regalos a humildes campesinas y muchachas plebeyas de escotes y senos y cinturas que para sí quisiera la Reina de Francia. Los bastardos nacieron siempre de madres bellísimas. Pero la oficina de los reyes es la alcoba conyugal, Dalmiro, y allí hay que trabajar, como un labrador, tierras duras, a veces, y regarlas para que den nuevos príncipes, cuya sangre sea tan pura y tan legítima que nadie pueda ponerle reparos. Bueno, ¿qué sucede? ¿Que Dalmiro se enamoró de la hija de un postillón? Ya se le pasará. ¿No es así? Y si no se le pasase, ¿qué importa? Yo no pienso morirme; ni tú, Lauro; ni tú, ni vosotros... (Va señalando a sus hermanos.) Nuestra dinastía es lo bastante ancha como para que no destrocemos inútilmente el corazón

de Dalmiro... ¡A tu salud, hermano! (Bebe.) ¡Y come pollo! La diligencia de Fiume espanta a cientos como este cuando le salen al camino. ¡Toma energías, que los amores morganáticos consumen mucha leña! (Él parte una pata de pollo y la engulle. Uno de sus huesos se le clava en la garganta. Se pone de pie, amenazado de asfixia.)
RÓMULO.- ¿Te has atragantado? ¡Bebe vino!

(AURELIO intenta obedecer, pero inútilmente. Bebe, y un espasmo le hace devolver la bebida. El hueso se le ha incrustado en la tráquea y le impide respirar. Todos los hermanos se agrupan en torno suyo. BRUNO, en el borde de la escena, espectador casi impasible, contempla, enigmáticamente, cuanto sucede.)

DALMIRO.- ¡No puede respirar! ¡Se ahoga!
RÓMULO.- ¡Llévadle, a la cama!

(Entre LAURO, DALMIRO y RÓMULO se llevan a AURELIO, que se asfixia.)

OSWALDO.- ¡Sponcelli! (Mutis por la izquierda.)

(BRUNO corre al hilo de la mesa y gira para observar cómo sus hermanos se llevan a AURELIO. Cruzan, corriendo, la escena, de izquierda a derecha, dos soldados. Detrás de ellos OSWALDO, seguido de SPONCELLI, hombre rechoncho y de cierta edad.)

RÓMULO.- (Sale por la derecha.) ¡No puede respirar, se muere!
(Hace mutis de nuevo.)

(Desde dentro.)

LAURO.- ¡Padre, padre!

DALMIRO.- ¡Aurelio! ¡Aurelio!

OSWALDO.- ¡Haga algo, Sponcelli!

SPONCELLI.- No puedo, se le ha clavado en la garganta...

LAURO.- ¡Padre, padre!

RÓMULO.- Es inútil, ya no respira.

AYA.- (Por la derecha.) ¡Es horrible!

BRUNO.- Pero, ¿qué pasa?

OSWALDO.- (Reaparece, a tiempo de responder por ella.) ¡El Príncipe ha muerto!

BRUNO.- Pues... ¡Viva el Príncipe!... (Y echa a andar su carrito por la derecha, mientras se produce el...)

OSCURO

Cuadro II

Aparece un cartel que dice: LA PROFECÍA.

Al hacerse la luz se ve que ha sido retirada la mesa en la que se sirvió el banquete del cuadro anterior. Hay solamente cinco jamugas, distribuidas en semicírculo e iluminadas con luz cenital.

DALMIRO.- Hola, Oswaldo. ¿Y Bruno?

OSWALDO.- El Aya fue a avisarle.

DALMIRO.- ¿Para qué nos ha llamado?

OSWALDO.- No lo sé. (Se dirige a la izquierda.) ¡Aya! (A

DALMIRO.) El Aya podrá decírnoslo.

(Llega el AYA.)

Queremos hacerte unas preguntas.

AYA.- Con tal que sepa respondéros las...

OSWALDO.- Se refieren a Bruno.

AYA.- Viene en seguida.

OSWALDO.- Antes, contéstanos. ¿Qué ha pasado con Bianca?

AYA.- (Evasiva.) No sé, no sé...

OSWALDO.- Aya, no nos ocultes nada. Piensa que si te lo preguntamos es por interés de Bruno. ¿Cuándo le dejó?

DALMIRO.- ¿Cuál fue el último día que la viste con él?

AYA.- ¡Huy!, hace ya bastante.

OSWALDO.- La fecha...

AYA.- Después de la coronación del Príncipe Lauro. Unos dos meses más tarde.

OSWALDO.- Hace casi medio año, entonces. ¿Y por qué no nos dijiste nada?

AYA.- Bruno me lo prohibió terminantemente.

DALMIRO.- ¿Cómo sucedió?

AYA.- El Príncipe se había embarcado. Al volver, me dijo: «Aya, el aire del mar me alborotó la sangre. Ve a buscar a Bianca». Y yo fui a buscarla, pero había huido.

DALMIRO.- ¿Dónde?

AYA.- Nadie supo explicármelo.

OSWALDO.- ¿Sola o con alguien...?

AYA.- ¿Habéis visto alguna vez que una mujer huya sola?

DALMIRO.- ¿No dejó algún mensaje?

AYA.- Sí..., aunque no me atreví a dárselo. «Decid al Príncipe que no le quiero».

DALMIRO.- Pero, Bianca, ¿no estaba enamorada de Bruno?

AYA.- Fingía. Si no, aún sería su amante.

DALMIRO.- ¿Y será para hablarnos de eso para lo que nos ha citado?

AYA.- ¿Para hablaros de Bianca, decís? Lo dudo.

DALMIRO.- ¿Le ha afectado su desaparición?

AYA.- No es fácil adivinarlo. Pero, sí, le afectó... Solo que es muy orgulloso, y antes moriría que descubrir su disgusto. Bruno la quería, eso es indudable. Y perderla le ha dolido, por lo menos en esa parte del corazón por donde anda el amor propio.

DALMIRO.- ¿Trato de recobrarla?

AYA.- Creo que sí. Hasta que perdió toda esperanza. Desde entonces, se ha hecho más misterioso, más solitario...

DALMIRO.- Pobre Bruno...

(Entra RÓMULO por la derecha.)

RÓMULO.- Buenas tardes, hermanos.

DALMIRO.- Hola, Rómulo.

OSWALDO.- Buenas tardes, Rómulo.

RÓMULO.- ¿Y Bruno?

AYA.- Voy a decirle que le aguardáis. (Mutis por la derecha.)

OSWALDO.- Hablábamos de Bianca.

RÓMULO.- Cualquier otro tema de conversación sería mejor.

OSWALDO.- Pero, ¿dónde está? ¿Lo sabes?

RÓMULO.- Es la amante de Lauro.

OSWALDO.- No...

RÓMULO.- Bruno me lo confesó.

OSWALDO.- ¿Querrá hablarnos de eso?

RÓMULO.- ¡Qué absurdo!

OSWALDO.- ¿Para qué nos ha llamado, entonces?

(Entra BRUNO por la izquierda.)

BRUNO.- Lo sabréis en seguida. Sponcelli está conmigo. Sentaos.

(Los tres Príncipes se sientan. DALMIRO, en la jamuga central; RÓMULO, en la primera de la izquierda, y OSWALDO, en la primera de la derecha. BRUNO está en su carrito, al lado de OSWALDO.)

RÓMULO.- ¿Te encuentras mal?

BRUNO.- No, yo, no. Le he pedido que nos informe de algo que tal vez nos interesa a todos. A la salud de Lauro, me refiero.

DALMIRO.- ¿Y qué le sucede a Lauro?

BRUNO.- (A la izquierda.) ¡Sponcelli!

(Entra SPONCELLI por la lateral izquierda, y saluda a todos con una reverencia sin palabras.)

Mis hermanos me preguntan qué es lo que le sucede a Lauro. He creído que podríais responderles.

SPONCELLI.- La enfermedad de Lauro...

BRUNO.- Nos horroriza su nombre, y tal vez es innecesario que lo digáis. Es esa enfermedad, hermanos, de la que solo se cura envejeciéndose voluntariamente, reduciendo al mínimo la fatiga y el ejercicio físico, calafateando el pecho de aire puro, como una galera. ¿La describo bien, Sponcelli?

SPONCELLI.- Como si la sufrieseis, señor.

BRUNO.- ¿Es que me creéis ajeno a ella? Se trata de mi único sobrino, de nuestro único sobrino. A veces, el cariño a los sobrinos anticipa el que se tendrá a los hijos, o lo suple, si nos faltan.

OSWALDO.- Bien. La enfermedad de Lauro no es una novedad para ninguno de nosotros.

BRUNO.- ¿Cómo va a serlo? Cuando le besáis la mano, ¿no os queman los labios? En la catedral, la mañana de los oficios, había dos órganos que resonaban con la misma fuerza: uno, el del coro; otro, el de sus pulmones. (Transición.) Pero estamos cometiendo la descortesía de no dejar hablar a quien más sabe de esto. Le oímos, Sponcelli.

SPONCELLI.- El Príncipe Lauro, que Dios guarde muchos años,

(BRUNO asiente de modo visible.)

tiene fiebre todas las tardes, tose y está expuesto a que cualquier exceso le cause una hemorragia.

BRUNO.- Calle, doctor, se lo suplico. Así murió, casi instantáneamente, la condesa Flora.

(BRUNO echa a andar con su carrito por detrás de sus hermanos. Esa frase, y las siguientes, las reparte prudencialmente entre ellos.)

SPONCELLI.- Tenía los mismos años del Príncipe.

BRUNO.- ¿Cuál es, pues, vuestro pronóstico, Sponcelli?

SPONCELLI.- Tan fácil de hacer como sombrío.

BRUNO.- En todo caso, si se cuidase, quizá se curaría, ¿no es así?

SPONCELLI.- Vos mismo lo habéis dicho: si se cuidase.

BRUNO.- O sea...

SPONCELLI.- El Príncipe ama dos cosas por igual: los caballos y las mujeres. Difícil es decir cuál de las dos le hacen más daño. De los primeros, sin embargo, prescinde a veces; de las mujeres, nunca.

RÓMULO.- ¿Qué opináis, entonces?

SPONCELLI.- Habría que obligarle a que llevase una vida de mayor templanza. Separarle de aquellas compañías que puedan amenazar sus fuerzas... ya no muy grandes.

OSWALDO.- (Con visible ironía.) ¿Qué te parece, Bruno? ¿Estás conforme con ese tratamiento?

BRUNO.- (Ambiguamente.) Pues..., sí...

OSWALDO.- (Se ríe con violencia y sarcasmo.) Ah, ya comprendo por qué nos has citado... Pero, Bruno...

RÓMULO.- (Autoritario.) ¡Oswaldo!

OSWALDO.- ¿Qué pasa?

DALMIRO.- (Reprochadoramente.) Tiene razón Rómulo.

OSWALDO.- Bueno, conforme. (A BRUNO.) Perdóname, era una broma.

BRUNO.- Bianca dejó de existir para mí hace ya tiempo. Si os he reunido no es para que echéis un remiendo a mis conflictos sentimentales, sino para algo más grave. El canciller Pavanni quiere casar a Lauro. Dice que una noche de orgía le hace más daño que una luna de miel, y que debe asegurar su descendencia.

RÓMULO.- Seguramente no vale la pena de que retengamos a Sponcelli. ¿De acuerdo, Bruno?

BRUNO.- Retírese, Sponcelli, y muchas gracias.

SPONCELLI.- Príncipes... (Les saluda cortesanamente y se va.)

RÓMULO.- (Con frialdad.) A mi entender, el canciller Pavanni está en lo justo.

BRUNO.- ¡Rómulo!

RÓMULO.- Para la salud de Lauro y para la continuidad de la dinastía, lo mejor es que se case.

BRUNO.- Y nosotros, mejor dicho, vosotros, ¿qué sois para la continuidad de la dinastía? ¿No os bastáis para asegurarla? ¿De qué sirve crear otra rama a la dinastía y dejar que se pierda lo que puede quedar entre los hijos del Príncipe Víctor?

RÓMULO.- Debes aceptar la realidad, Bruno. Ya no somos hermanos del Príncipe, somos simplemente sus tíos, un parentesco tan lejano que casi mueve a burla... y, con los años, un sobrino nieto nuestro ocupará el trono.

BRUNO.- ¡Evítadlo!

OSWALDO.- ¿De qué modo?

BRUNO.- Eso, no lo sé. Pero si tú, Dalmiro, le hicieses ver a Pavanni que un canciller no tiene que conducirse como una comadre casamentera, tal vez te escuchase; porque, de morir Lauro, tú serías quien le sucediese. Y conviene que Pavanni no lo olvide.

OSWALDO.- Estoy de acuerdo contigo.

RÓMULO.- Bruno es un soñador.

BRUNO.- Soñar no es malo. Los sueños abren los caminos por los que andamos después. De una gran parte de nuestras derrotas, nosotros tenemos la culpa, por no haber soñado con el triunfo lo bastante. (A DALMIRO.) Habla a Pavanni, Dalmiro, sigue mi consejo.

DALMIRO.- No sé bien cómo hacerlo. ¿Por qué no le hablas tú?

BRUNO.- Ah, si te es incómodo...; bien, corre de mi cuenta. Yo le hablaré.

(LAURO aparece por el foro. Todos los Príncipes se ponen de pie.)

LAURO.- Encantadora reunión de familia.

BRUNO.- Bienvenido a ella, Lauro.

LAURO.- Sentaos.

(Los Príncipes le obedecen. Ahora quedan sentados en la siguiente forma: RÓMULO, en la primera jamuga; en la segunda, DALMIRO; en la del centro, LAURO; a su lado, OSWALDO. Hay una última jamuga vacía; al lado de ella, el carrito de BRUNO.)

¿Se debe a la casualidad o hubo una cita previa?

BRUNO.- Yo les invité a que viniesen.

LAURO.- He visto a Sponcelli. ¿Tal vez era él uno de los convocados?

BRUNO.- ¿Por qué no?

LAURO.- Ya imagino, entonces, de qué hablasteis: «Sponcelli, ¿sabéis si el Príncipe Lauro tuvo décimas el jueves? ¿Y el viernes? ¿Y el sábado? ¿Mejóro el domingo?». Os conozco muy bien, queridísimos tíos. Y debo deciros algo: no hagáis proyectos como si ya estuviese abierta mi fosa, porque os defraudaré. Me encuentro mejor de lo que podéis suponer. Y de lo que desearíais.

BRUNO.- Todos lo celebramos.

LAURO.- Quizá, no todos. Pero si alguno se hace ilusiones, que se vaya acostumbrando a perderlas. ¡Asistiré a vuestros funerales!

BRUNO.- (Recriminatorio.) Lauro...

LAURO.- Y no le toméis demasiado el gusto a estos conciliábulos. Por cosas menos graves se abren las puertas de los calabozos. (Hace mutis, airadamente, por el foro.)

BRUNO.- La muerte le ronda y tiene celos de la vida.

DALMIRO.- De todas formas, con Pavanni... sé cauto.

BRUNO.- No te preocupes.

DALMIRO.- Adiós, Bruno.

BRUNO.- Adiós, Dalmiro; adiós, Oswaldo.

OSWALDO.- Adiós.

(DALMIRO y OSWALDO se van por la izquierda, RÓMULO se dispone a seguirles, pero BRUNO le detiene.)

BRUNO.- Espera un momento.

RÓMULO.- ¿Qué me quieres?

BRUNO.- Escúchame. La muerte de Aurelio fue para mí reveladora y me iluminó muchas cosas oscuras y escondidas.

RÓMULO.- ¿Por qué?

BRUNO.- Porque no fue una muerte lógica. Aurelio no murió de un ataque al corazón, ni de una lanzada en un torneo, ni de un puñal de un loco, sino de un hueso de pollo, y así no se acostumbra a morir, salvo cuando el destino apunta largo.

RÓMULO.- ¡Cuánta imaginación, Bruno!

BRUNO.- Rómulo, créeme: el trono no está tan lejos de ti. La vida de Aurelio era como un muro, las de los demás son telas de araña

solamente.

RÓMULO.- Y Lauro, y Dalmiro, y Oswaldo, que lo mismo que tuvo tres niñas podría tener un hijo cualquier mañana...

BRUNO.- (Le ataja.) ¡Estate tranquilo! Su mujer no sabe hacerlos...

RÓMULO.- ... todo ese enjambre familiar, ¿es una tela de araña nada más?

BRUNO.- Para ti lo será. Yo oigo una voz que me lo dice.

RÓMULO.- El odio a Lauro te ciega.

BRUNO.- Yo no le odio. Si su vida no se opusiese al curso de la tuya, tanto me daría que durara mil años.

RÓMULO.- Lauro muerto, ¿odiarías, entonces, a Dalmiro y Oswaldo?

BRUNO.- Quizá, sí. Pero siempre por las mismas razones. En realidad, no es que les odie a ellos. Es que te quiero a ti. Rómulo, ten fe. Mira hacia delante. Eres joven y te aguardan grandes empresas.

RÓMULO.- Reinar no me haría feliz. Mi única ilusión es escribir canciones y poemas...

BRUNO.- Cuando madures, buscarás la gloria por otros caminos.

RÓMULO.- Difícil será que cambie.

BRUNO.- Yo no intento transformar tu corazón en un solo día. Es muy poco un día, y un mes, y un año. Pero yo sé que tú subirás al trono del Príncipe Víctor, nuestro padre. ¡Estoy seguro, Rómulo, estoy seguro! ¡Aya! (A RÓMULO.) Déjate leer las rayas de la mano. El porvenir no tiene secretos para ella.

RÓMULO.- (Se ríe.) Pero, Bruno...

BRUNO.- Hazme caso, no te rías. ¡Aya!

(Entra el AYA por la izquierda.)

¿Verdad que sabes leer en las manos... y en los sueños?

AYA.- No siempre...

BRUNO.- Heredó esa ciencia de su madre...

AYA.- De mi madre, no; de mi madrastra. Mi madrastra tenía una esfera mágica en la que las luces iban y venían como los peces y trazaban unos signos que le anunciaban herencias, crímenes, adulterios...

BRUNO.- ¿Qué fue de esa esfera?

AYA.- Se la rompió a mi padre en la cabeza cuando le descubrió que tenía una amante.

BRUNO.- Mira en la mano de Rómulo si un día será Rey.

RÓMULO.- (Se ríe, a pesar suyo.) ¿Lo llevo escrito?

BRUNO.- ¡Míralo, Aya!

(El AYA va a obedecerle.)

RÓMULO.- No creo en brujerías... (Y hace mutis por la izquierda.)

BRUNO.- (Con una bien humorada decepción.) ¡Como gustes, Rómulo!

(BRUNO y el AYA mantienen el diálogo que sigue, hasta la conclusión del cuadro, en el centro del escenario y próximos al espectador.)

AYA.- ¿Por qué quieres que se deje leer en las manos? ¿Es que te dejas tú?

(BRUNO se ríe.)

Algunas noches, mientras dormías, quise leértelas, pero no pude. Duermes con las manos cerradas, como si tuvieses dentro una esmeralda y temieses que te la quitasen. Así eres, Príncipe mío, de receloso...

BRUNO.- (Arrepentido, le muestra la palma.) Sacia tu curiosidad, Aya.

(El AYA se alegra, como si le abriesen las puertas de un jardín largamente deseado. Toma la mano de BRUNO y la examina.)

AYA.- ¡Ay!

BRUNO.- ¿Qué sucede?

AYA.- No, no...

BRUNO.- ¿Qué ves?

AYA.- No me preguntes.

BRUNO.- ¿Mi muerte...?

AYA.- No sé...

BRUNO.- ¡Contesta!

AYA.- Sí.

BRUNO.- En una mano como es debido no puede faltar ese detalle.

¿Qué le pasa a mi muerte para que te asuste tanto? ¿Es prematura?

AYA.- Sí.

BRUNO.- ¿Es violenta? ¿Moriré asesinado...?

AYA.- Tal vez...

BRUNO.- ¿Una revolución...?

AYA.- Quién sabe...

BRUNO.- Nuestro país hace una revolución cada cien años. Faltan pocos para cumplir el siglo. Es natural que lleve en mi mano una raya que la anuncie.

OSCURO

Cuadro III

Aparece un cartel que dice: EL BARRILITO, e inmediatamente después se enciende la escena.

En el centro, una cama con dosel; en el lado izquierdo, una jamuga vacía; a la derecha, una mesa escritorio con unos medallones, una jarra de vino y una copa. Al hacerse la luz, LAURO y BIANCA se besan.

LAURO.- ¿En qué pensabas?

BIANCA.- Antes de besar, se piensa a veces. Pero mientras se besa, no se piensa en nada.

LAURO.- (La mira escrutadoramente.) Cuando se besa con amor, sí; pero cuando se besa sin él, al contrario; es forzoso pensar en otras cosas. Tú, a lo mejor, en Bruno. ¿Aún lo recuerdas?

BIANCA.- Le odio.

LAURO.- Y eso, ¿por qué? ¿Has estado muy enamorada?

BIANCA.- Sí.

LAURO.- Háblame de él. ¿Es fuerte?

BIANCA.- Como un Hércules.

LAURO.- Su invalidez, ¿no te importaba?

BIANCA.- Por las noches, nunca se la noté.

LAURO.- ¿Por qué viniste a mí?

BIANCA.- Tú eres el vicio, los filtros, la perversidad..., esa tentación oscura, ese vértigo en el que la mujer perece siempre.

LAURO.- Yo te buscaba desde hace mucho tiempo y tú me rechazabas.

BIANCA.- Pero cada vez me resistía menos.

LAURO.- Bah... Si yo hubiese sido un pobre hombre, vendiendo baratijas y girasoles en el puerto, nunca hubieses llegado hasta mis brazos.

BIANCA.- Si yo hubiese sido una muchacha hundida de pechos, sin dientes, a la que sudasen las manos, nunca me habrías buscado. ¿Por qué complicar las cosas? El poder es la belleza de los hombres, y a nosotras nos atraen los hombres bellos.

LAURO.- ¿Desde cuándo has dejado de querer a Bruno?

BIANCA.- Desde que sé que no quiere a nadie.

LAURO.- A Rómulo, sí.

BIANCA.- A veces, lo dudo.

LAURO.- Si un día te abandono, ¿volverás con él?

BIANCA.- Ya hablas de abandonarme, y ayer jurabas que me tendrías a tu lado toda la vida.

LAURO.- ¿Y de qué te serviría que fuese así? Toda la vida es demasiado; porque hay una parte de ella, la última, en la que se es poco más que una planta y en la que nos sacan al sol para que nos caliente las entrañas, que enfría la vejez. La vejez... El conde

Paoli, primo de mi madre, se suicidó, envenenándose, el mismo día en que cumplió treinta años.

BIANCA.- ¿Le tomarás de ejemplo?

LAURO.- No, pero empiezo a comprenderle. Lo del veneno es doloroso, largo y, a lo mejor, da tiempo a que uno se arrepienta.

Yo, si acaso, me clavaría una daga en el corazón.

BIANCA.- Es una muerte sucia. La sangre sube a la garganta y mancha la cara.

LAURO.- La verdad es que hay maneras más dulces de matarse y que tú conoces el secreto de alguna de ellas. (Le besa de nuevo.)

(Alguien llama a la puerta, tenuemente.)

El canciller Pavanni me pidió audiencia...

BIANCA.- ¿Yo debo marcharme, Lauro?

LAURO.- Solo unos minutos... Te llamaré en seguida.

(Mutis de BIANCA por la izquierda.)

Entrad, Pavanni...

CANCILLER.- Señor...

LAURO.- Buenas tardes, Canciller. ¿Hay algo importante?

CANCILLER.- Quisiera transferir el mando militar al mayor Pedretti. No me sorprendería nada que un día los soldados del Sultán nos diesen una sorpresa desagradable. Esta ciudad nuestra tiente a todos demasiado y conviene prevenirse.

LAURO.- ¿Más cosas, canciller Pavanni?

CANCILLER.- Sí, Príncipe, bastantes; pero esas otras, si no os encontráis de humor, podemos dejarlas para mañana.

LAURO.- ¿Y de mi boda, y de mi salud? ¿No me habláis hoy?

CANCILLER.- Pues...

LAURO.- Perdonad si os digo que sois como esos relojes de cuco, que solo tienen dos notas en su garganta.

CANCILLER.- Desde hace unos días no merezco esos reproches.

LAURO.- ¿Y a qué se debe ese cambio?

CANCILLER.- En lo que se refiere a vuestra salud, a mi creencia de que mejoraréis visiblemente.

LAURO.- Ojalá sea así.

CANCILLER.- El doctor Sponcelli está seguro de vencer vuestra fiebre.

LAURO.- No me lo nombréis. Su ideal sería encerrarme en una celda servida por monjes. Odia más a las mujeres que el arzobispo Andicci, mi sufrido confesor. A un hombre de mi edad le obliga a un programa de abstinencias que un sexagenario cumpliría con dificultades.

CANCILLER.- Los médicos aumentan su importancia aumentando la de las enfermedades de sus pacientes. No os dejéis acobardar.

LAURO.- En cuanto a mi boda...

CANCILLER.- Está muy claro que sois vos quien me habláis de ella, y no yo.

LAURO.- Conforme, pero es que me han mandado algunos medallones de

la Princesa Andreína, que desearía que vieseis. (Se los muestra.)
¿Qué os parecen? Bastante bien, ¿no? Lo grave en estos asuntos es el cotejo, cuando llega la hora de comparar los ojos del medallón con los de la Princesa y el cutis del esmalte con el verdadero. No me gustaría correr la misma suerte de mi abuelo.

CANCILLER.- ¿Qué queréis decir?

LAURO.- Mi abuela era horrible, canciller Pavanni, y siempre he admirado el sentido del deber del Príncipe Víctor, que, sobreponiendo a todo la razón de Estado, cerrando los ojos y pensando en las huríes del Paraíso, a fin de darse ánimos, aseguró su sucesión, trayendo al mundo a mi padre y a mis tíos.

(El CANCELLER examina el medallón, sin demostrar entusiasmo.)

¿Qué? ¿No os gusta la Princesa Andreína?

CANCILLER.- Me inspiráis demasiado afecto para considerarla digna de vos.

LAURO.- ¿Seguís prefiriendo, como estas últimas semanas, a Isabel de Bohemia?

CANCILLER.- No es en Bohemia donde yo buscaría esposa...

LAURO.- Habéis cambiado de criterio...

CANCILLER.- Quizá preferiría, si fuese posible, una Princesa de la casa de Borgoña. Pero, en fin, conviene que maduréis vuestra elección.

LAURO.- ¿Sabéis que ahora la impaciencia empieza a ser mía? La ilusión de burlar a mis tíos me empuja al matrimonio con tanta fuerza como el bien de mi país.

CANCILLER.- (Se ríe cortesantemente.) ¿Es posible?

LAURO.- Ahí están, saludables como campesinos, esperando que enflaquezca y me desmaye para reinar ellos. Sé que cuentan las veces que toso, y hasta ese pobre tullido de Bruno, que pasa por el salón de los espejos con los ojos cerrados, de miedo a que le reflejen, calcula los meses de vida que me faltan para que el trono vuelva a su estirpe.

CANCILLER.- (Con un aire de moderado reproche.) Señor...

LAURO.- De ahí que me empiece a tentar la idea de casarme. El día que tenga una princesa junto a mí y en estado de buena esperanza, pienso reírme como un loco de mis adorados parientes.

CANCILLER.- Procurad que el deseo de disfrutar de esa alegría no os empuje a un matrimonio poco meditado.

LAURO.- Estad tranquilo.

CANCILLER.- En cuanto al nombramiento del mayor Pedretti...

LAURO.- Os doy cinco minutos para que me lo pongáis a la firma.

CANCILLER.- Tres me bastan.

LAURO.- Antes, permitidme una consulta.

(Hace mutis por la izquierda, de donde vuelve en compañía de BIANCA.)

Sé que en vuestro castillo de Gravosa tenéis una magnífica colección

de Venus. ¿Hay muchas que puedan rivalizar con esta?

CANCILLER.- Ninguna. Pero no le echemos la culpa a Fidias ni a Praxíteles. Ellos no dispusieron nunca de un modelo semejante.

BIANCA.- Gracias, señor. (Mutis por la izquierda.)

LAURO.- Sé que sois liberal y, por eso, me he atrevido a presentárosla. Me ayudará a no precipitar mi boda, ¿verdad, Pavanni?

CANCILLER.- Sin duda alguna. Con la venia.

(Silenciosamente, por la izquierda, aparece BRUNO. Al hacer mutis el CANCELLER, se cruza con él. El CANCELLER se inclina cortésmente y se va.)

LAURO.- ¿Vienes a hacerme una escena de celos? Yo no la he raptado.

BRUNO.- Ya sé que Bianca me abandonó para irse a vivir contigo. Tuya es, y me alegra haberte hecho tan valioso regalo.

LAURO.- Sé humilde. Se regala lo que es de uno. Bianca fue tuya, pero se había cansado de serlo.

BRUNO.- Te juro que no me interesa nada saber por qué me dejó.

LAURO.- ¿Qué es, entonces, lo que te trae aquí?

BRUNO.- Sucede, Lauro, que necesito abandonar el reino.

LAURO.- ¿Dónde vas?

BRUNO.- He oído decir que tal vez mi mal tiene cura. En la Universidad de Viena, cierto profesor ha sanado a alguien que sufría de mi mismo padecimiento. Quería pedirte permiso para marcharme.

LAURO.- Lo tienes desde ahora. No hacía falta que me lo pidieses.

BRUNO.- A mí me gusta mostrarte, en todo instante, el respeto que te debo.

LAURO.- Vete cuando gustes.

BRUNO.- Solo que sucede una cosa. Bianca ha estado siempre junto a mí, conoce mis flaquezas y mis necesidades. Su compañía me sería inestimable.

LAURO.- ¿Qué pretendes? ¿Que vaya contigo?

BRUNO.- Sí. Justo. Me vería muy desamparado si me faltase.

LAURO.- Háblala, convéncela de que te siga. Tienes campo libre y, en todo caso, reconoce que juego con lealtad.

BRUNO.- Te ofendería sorprendiéndome.

(LAURO hace mutis por la izquierda. BIANCA entra a los pocos segundos por la izquierda. Mira, recelosa de verse observada, pero confía en no serlo y se acerca a BRUNO, apasionadamente.)

BIANCA.- Amor mío...

BRUNO.- Has sido una imprudente mandándome tu mensaje. No vuelvas a hacerlo.

BIANCA.- Me es imposible continuar aquí. Me da miedo.

BRUNO.- ¿De qué?

BIANCA.- De su enfermedad. Su fiebre es como el fuego en las

vigas. Trabaja silenciosamente, pero sin descanso, y un día se verán las llamas por fuera.

BRUNO.- Tú eres su capricho. Haz que le dure.

BIANCA.- No puedo más. Huiré de su lado.

BRUNO.- No al mío.

BIANCA.- Eres cruel.

BRUNO.- Seguramente por poco tiempo.

BIANCA.- Ayúdame.

BRUNO.- Eres tú, ahora, quien debe ayudarme a mí. Y escúchame esto: he venido a pedirte que me acompañes a Viena, donde deberán reconocermes. Y tú te has negado, ¿me entiendes, Bianca? Tú te has negado. Cuando Lauro te pregunte qué deseaba, eso es lo que habrás de contestarle. Y ahora, márchate, Bianca.

BIANCA.- Te quiero tanto, Bruno...

BRUNO.- Acaso, también yo a ti...

(Se besan. El CANCELLER entra con unos papeles en la mano, por la derecha, a tiempo de verles. BIANCA advierte su presencia y se va por la izquierda, presurosamente. BRUNO hace girar su carrito, y es entonces cuando ve al CANCELLER.)

CANCELLER.- Buenas tardes, Príncipe.

BRUNO.- Ah, ¿qué tal, Canciller?

CANCELLER.- Muy bien, Príncipe.

BRUNO.- (Inicia el mutis. Se interrumpe.) Seguramente, a juzgar por vuestra expresión, estáis pensando en algo muy divertido.

CANCELLER.- Quizás.

BRUNO.- Sed bueno y contádmelo.

CANCELLER.- Se trata de una historia que, al parecer, sucedió en Bretaña.

BRUNO.- ¿Una historia de fantasmas?

CANCELLER.- No, no, al contrario... De seres de carne y hueso...

Había una campesina que tenía bastantes años y muchas tierras, y que, cansada de administrarlas, las vendió al alcalde del pueblo a cambio de una pensión. El alcalde quedó comprometido a pagar a la buena señora, mientras viviese, quince doblones de oro mensuales, y así iban las cosas cuando, cierto día, se le ocurrió mandarle de regalo un barrilito de aguardiente.

BRUNO.- Sin duda, la pensión era pequeña y el alcalde, escrupuloso...

CANCELLER.- ¡Quién sabe! El tal alcalde pasó a la otra mañana por la casa de la buena señora y se la encontró en la cama y embriagada, porque un sorbo de aguardiente no hace daño, pero varias copas, sí, y lo que en plena juventud apenas si se nota, en la vejez suele costar caro.

BRUNO.- ¿Cómo concluye la historia?

CANCELLER.- El alcalde siguió mandando barrilitos de aguardiente a la pobre señora, que, pocos meses después, moría alcoholizada...

BRUNO.- Es una historia divertida, en efecto. ¿Y qué es lo que os

la ha hecho recordar?

CANCILLER.- Pues..., no sé. Las historias, como los temas musicales, le vienen a uno a la imaginación sin que se sepa bien el porqué...

BRUNO.- (Tras una pausa.) Ya. (Transición.) Buenas tardes, Canciller.

CANCILLER.- Buenas tardes, Príncipe.

TELÓN

Parte II

Cuadro I

Un cartel que dice: DIANA.

La escena está prácticamente vacía de muebles. Hay solamente en la parte derecha una pequeña mesa, que sirve de escritorio, con pergaminos y plumas de ave. Ante esta mesa, una jamuga. En el foro izquierda, un banco. Al hacerse la luz, BRUNO está solo en escena, en actitud meditativa. La mesa está lo suficientemente separada de la lateral para que entre ella y la lateral propiamente dicha pueda moverse BRUNO. OSWALDO entra por la derecha.

BRUNO.- ¿Murió Lauro?

OSWALDO.- Aún no.

BRUNO.- Como venías tan sonriente...

OSWALDO.- Es que he visto al Aya persiguiendo a un gato.

(Transición.) ¿Y Rómulo?

BRUNO.- La agonía de Lauro le afecta mucho. Pasó la noche en vela y entró a refrescarse la cara.

OSWALDO.- ¿Qué opina?

BRUNO.- En el caso de Dalmiro solo hay una opinión posible.

OSWALDO.- Así es.

RÓMULO.- (Por la izquierda.) ¿Qué decidisteis?

BRUNO.- Sin ti, nada, ¿cómo se te ocurre? Sentaos y hablemos.

(RÓMULO se sienta en la jamuga próxima a la mesa, OSWALDO, en el

banco.)

RÓMULO.- Me agradecería oír al Canciller.

OSWALDO.- Será Pavanni quien nos oiga a nosotros.

BRUNO.- ¡Bien dicho! (Tras una pausa.) Me gusta ese tono autoritario. Sin duda, tienes tus planes para cuando llegue tu momento.

OSWALDO.- ¿Crees tolerable la política que se sigue con el Sultán?

BRUNO.- ¡Bravo, Oswaldo! Ese es el camino. (Transición.) Pero no precipitemos las cosas.

RÓMULO.- ¿Cómo sigue Lauro?

OSWALDO.- Si llegase al mediodía, me llevaría una sorpresa.

BRUNO.- En todo caso, se muere y el trono pasa a Dalmiro.

OSWALDO.- ¿Y qué preferirá Dalmiro? ¿El trono o su amante?

BRUNO.- A una sola de las dos cosas tiene derecho y es preciso que elija en el acto. Sería absurdo que el reino pasase a sus manos hoy para renunciarlo mañana.

OSWALDO.- En cuanto a nosotros, por nada del mundo consentiremos que suba al trono la hija de un posadero afortunado.

BRUNO.- ... que fue antes postillón de diligencias y antes mozo de cuadra.

RÓMULO.- ¿Y Dalmiro? ¿Qué ha dicho?

BRUNO.- Todavía cree en la mejoría de Lauro. Después del tercer vómito de sangre..., aún espera que se cure.

OSWALDO.- Es absurdo...

BRUNO.- Dejadme hablarle. Y si me autorizáis a hacerlo en vuestro nombre...

OSWALDO.- En el mío, sí.

RÓMULO.- En el mío, también.

BRUNO.- Gracias por vuestra confianza.

RÓMULO.- Entretanto, yo me voy a la cámara de Lauro. (A OSWALDO.) ¿Me acompañas?

BRUNO.- Por favor, Oswaldo, quédate un instante.

RÓMULO.- Bien. Hasta luego. (Mutis de RÓMULO por la izquierda.)

BRUNO.- Hermano: es ridículo que tú y yo nos entendamos a medias palabras. Con Rómulo es inútil contar. Ante la idea de ser el Príncipe heredero, se encoge como una viejecita en el atrio de una iglesia.

(BRUNO se sitúa entre la mesa y la lateral derecha; OSWALDO se sienta en la jamuga vacía.)

OSWALDO.- Anímale diciéndole que en ninguna parte está escritor que Angelina y yo tengamos hijas siempre, y que, cuando menos lo esperemos, con un poco de suerte, puede nacer el varón que le sustituya.

BRUNO.- (Un instante se queda en suspenso ante esa hipótesis que, de manera visible, le impresiona.) Claro que sí. (Se recobra.) Pero, en fin, eso, ahora, es secundario. Primeramente,

Dalmiro no nació para reinar. ¿Tú crees que un rey es o puede ser como él es? Nada más lejos de mí que criticarle. No, no, Oswaldo: a ti la autoridad te brota de modo natural. Todos te obedecen -te obedecemos- sin esfuerzo ninguno. Dalmiro no vive en la realidad, sueña. No manda, suspira...

OSWALDO.- Y, sin embargo, es a él a quien le corresponde el trono.

BRUNO.- Pero está locamente enamorado de una mujer plebeya, angelical, sí, pero plebeya, de una mujer incapacitada para ser reina.

OSWALDO.- Así es.

BRUNO.- Oswaldo, ayudémosle a preferir, no lo que os convenga a ti y a Rómulo, sino al país. Ayudémosle... a renunciar. (Pausa.) Yo, ya le he preparado el camino.

OSWALDO.- ¿Qué has hecho?

BRUNO.- Tal vez Dalmiro terminase con Diana si se convenciese de que no le dolería a ella la ruptura. Algo imaginé yo para persuadirle de que eso le costaría la vida a Diana, lo cual, por otra parte, es cierto. Oswaldo, te lo ruego, guárdame el secreto... ¿sabes lo que preparo? Un simulacro de suicidio.

OSWALDO.- ¿De suicidio...?

BRUNO.- Sí. La madre de Diana, Elena Recovaro, es nuestra aliada. ¿Cómo extrañarnos? Que ya que su hija no sea reina, sea al menos la esposa de un Príncipe: esa es su ilusión y muy justificada. No es mal destino para quien nació en una hostería, ¿verdad?

OSWALDO.- Naturalmente.

BRUNO.- Está al llegar... Yo quiero producir a Dalmiro una gran conmoción... Y he urdido toda una historia. Mira, estas pastillas...

(Le enseña una caja.) Las preparó la condesa Alarbi... Parece que producen un sueño divino, poblado siempre de aventuras y de éxitos galantes, del que se tarda en despertar muchas horas. Un simulacro de suicidio, sí, ¿no comprendes? La señora Recovaro se las arreglará para que Diana las tome y Dalmiro, que tal vez no necesite de tanta comedia, sentirá multiplicado su amor y sus responsabilidades, al ver que Diana se ha envenenado de miedo a perderle...

OSWALDO.- Y la madre, ¿está conforme con ese simulacro?

BRUNO.- Poco le falta.

(Entra el AYA por la izquierda.)

AYA.- La señora Recovaro dice que la esperan.

BRUNO.- Y no miente, Aya. Hazla entrar.

(Mutis del AYA por la izquierda.)

(A OSWALDO.) No te marches.

OSWALDO.- A tu gusto.

(Entra ELENA RECOVARO por la izquierda. ELENA tal vez fue hermosa,

pero de eso hace mucho tiempo. Conserva, eso sí, cierta indudable prestancia y viste con empaque.)

ELENA.- Señor... (Al ver a OSWALDO, sorprendida y emocionada.)

¡Ah, Príncipe...!

BRUNO.- Ya le hablé de vos.

OSWALDO.- Me agrada conocerla.

ELENA.- Para mí es un honor tan grande...

BRUNO.- Podéis hablar delante de él sin ninguna reserva.

ELENA.- Es muy grave lo que tengo que revelaros.

OSWALDO.- Contáis con mi amistad y con mi discreción.

BRUNO.- ¿Qué hay de lo que os propuse ayer?

ELENA.- No me atrevo, señor. Me da miedo.

BRUNO.- (Con violencia.) ¿Cómo decís?

ELENA.- ¿Quién sabe los efectos de esas pastillas? ¿Y si mi hija se muere?

BRUNO.- ¿Nos suponéis capaces de exponerla?

ELENA.- Me da miedo, Príncipe... Y, además, no es necesario.

BRUNO.- ¡Ah, no! ¿Y por qué?

ELENA.- He dicho que tenía una revelación que haceros. Aunque sufra mi pudor no debo ni puedo callar más tiempo, Príncipe. Diana no es la hija de Luigi, mi marido.

BRUNO.- ¡Ah!

ELENA.- Yo le idolatro, pero Diana... nació de un momento de debilidad mía.

OSWALDO.- ¿Puede saberse qué afortunado mortal fue su padre?

ELENA.- Diana, señor, es hija del marqués de Rigatti.

(OSWALDO y BRUNO se miran.)

No creáis que os hago esta confesión por vanidad, aunque siempre haya guardado mucha gratitud al señor marqués, que se portó conmigo aquella noche como un hombre y las demás como un caballero, sino para acallar mi conciencia.

OSWALDO.- ¿Tenéis pruebas?

ELENA.- El señor marqués me mandó su árbol genealógico, muy historiado..., y en una rama había dibujado dos redondelitos, uno con mi nombre y otro con el de Diana.

OSWALDO.- ¿Quién más sabe esto?

ELENA.- Vosotros dos, señor, el marqués y Dios. Gente, como veis, distinguida, pero escasa.

BRUNO.- ¿Y qué perseguís honrándonos con esa confidencia tan sentimental?

ELENA.- Saber qué es lo que juzgáis más oportuno: si que siga ignorado de todos o que se divulgue. (A BRUNO.) Vos, ¿cómo creéis que vale más Diana? ¿Como hija de Luigi, o como hija del marqués de Rigatti?

BRUNO.- Yo tengo prejuicios de clase y no puedo ser neutral, señora. Para mí, una sola gota de la fecunda sangre del marqués de Rigatti, vale por los cinco litros que lleva en sus venas el

simpático Luigi.

ELENA.- (Sinceramente asombrada.) ¿En esa proporción?

BRUNO.- (Tasador.) En esa proporción.

OSWALDO.- (Se ríe.) Pero si la misma consulta se la hicieseis al señor Arzobispo, seguramente sería distinta. Y ya no digamos si se la hicieseis al señor Luigi.

BRUNO.- Así, en principio, me parece que lo más prudente sería dejar las cosas como están.

ELENA.- ¿Por qué no os ponéis en mi corazón de madre?

BRUNO.- Yo sé muy bien a qué aspiráis... A coronar a vuestra hija aunque sea preciso coronar a vuestro marido...

ELENA.- Qué cruel sois...

OSWALDO.- Sin rodeos, amiga mía. Diana, hija legítima o adulterina, no podrá ser reina nunca, ¿está claro?

BRUNO.- Pero, aquí, lo que se pretende es que Diana y Dalmiro salgan de esta encrucijada con el menor daño posible. Y para conseguirlo, lucharemos cuanto haga falta. Porque, si a vos os preocupa la dicha de vuestra hija, a nosotros no nos es indiferente la de nuestro hermano.

ELENA.- Me bastaría con que las cosas siguiesen como hasta hoy.

BRUNO.- ¿Teméis que Dalmiro la abandone?

(El AYA, por la izquierda.)

AYA.- ¡Acaba de morir el Príncipe Lauro!

BRUNO.- (Sin inmutarse.) Vamos en seguida. (Transición.) Hay que demostrarle que Diana es capaz de cometer cualquier disparate si la deja.

ELENA.- Y no os engaño, señor, lo cometería. Ah, no juzguéis a Diana por mí. Diana es un ser aparte. Un alma limpia y tierna... Ya sé que no es hija del señor Luigi, pero a veces juraría que tampoco lo es mía.

BRUNO.- Imaginémonos que nació tan espontáneamente como las fresas del bosque. Conforme. Ahora bien, si su felicidad os preocupa, ¿por qué no os esforzáis en protegerla?

ELENA.- Pero no de esa manera... Si Diana muriese...

BRUNO.- ¿Otra vez...? Daos cuenta de que nosotros lo lamentaríamos tanto como vos misma. ¿Es menester que os diga el porqué, marquesa de una noche? Si Diana muriese, Dalmiro sería el Rey y no Oswaldo.

ELENA.- (Sin saber qué hacer.) Ay, señor...

BRUNO.- Entonces, ¿por qué no nos obedecéis? Disolved estas pastillas en el vino de la cena. Diana dormirá hasta el mediodía, pero, desde muy temprano, al ver que no despierta, empezarán a gritar que ha querido quitarse la vida antes que perder a Dalmiro, y a pedir socorro.

ELENA.- ¿Y cuando, por fin, se despierte? Ella es incapaz de mentir y confesará a Dalmiro la verdad.

BRUNO.- ¿Y cuál es la verdad? ¿No es que le adora como a un Dios? ¿Descubrirá, por serle leal, una superchería tan inocente como esa,

a la que quizá le deba ser feliz toda la vida?

ELENA.- ¡Ay!, señor...

AYA.- (Por la izquierda.) El Príncipe Dalmiro.

OSWALDO.- Seguidme, señora. Esperad aquí a que se vaya vuestro yerno. También yo tengo algunas cosas que deciros. (A BRUNO.)

Suerte, Bruno.

BRUNO.- ¿Por qué no, Oswaldo?

(OSWALDO y ELENA se van por la izquierda, DALMIRO entra por la izquierda.)

DALMIRO.- Bruno...

BRUNO.- Si pudiese, correría a besarte la mano.

DALMIRO.- Calla, Bruno. Yo soy el que me apresuro a venir hacia ti... Sé que nadie me aconsejará como tú.

BRUNO.- Por un lado, la muerte de Lauro me parte el alma de pena; por el otro, me enorgullece ver que el trono vuelve a nuestra rama, la de los hijos del Príncipe Víctor y de la Princesa Herminia. Es un viraje de la Historia, querido hermano, y tú eres..., el gozne de ese viraje.

DALMIRO.- Yo estoy abrumado.

BRUNO.- ¿Qué dudas? ¿Si coronarte en seguida o esperar algunas semanas?

DALMIRO.- No. Si debo o no coronarme.

BRUNO.- ¿Cómo? ¿Hablas de abdicar?

DALMIRO.- Sí.

BRUNO.- ¿Y tú te atreverías? (Solemne.) ¡Sería una deserción!
(Pausa.) Claro que piensas en Oswaldo y en Rómulo y en que ellos pueden ocupar tu puesto, reemplazarte.

DALMIRO.- Justo, así es.

BRUNO.- No, daño, no lo harías a nadie... Ni a la dinastía, ni al pueblo.

DALMIRO.- ¿Tú lo crees?

BRUNO.- Es evidente..., pero, reinar, ¿no te atrae, no te fascina? ¿Dónde hay un destino más hermoso que ese? ¡Ah, ya sé lo que te sucede...! Tú sabes que, sí, que es mejor todavía despertar por la noche y oír respirar, sobre la misma almohada, la mujer a la que se adora... A Diana, por ejemplo. Cuéntame, Dalmiro, ¿la quieres mucho?

DALMIRO.- Sí, muchísimo.

BRUNO.- Ya lo sé. Es natural... Diana te ha enseñado la vida.

Mejor dicho, los dos la habéis aprendido juntos. Eso es precioso...

Nosotros hemos comenzado demasiado pronto, con mujeres que entraban por el pasadizo sin que ni los centinelas ni nuestro padre lo supiesen y que traíamos de los burdeles. Y a ti, eso, te asqueaba...

Diana te hizo hombre, ¿verdad? Y tú tardaste en serlo.

DALMIRO.- Lo fui el mismo día en que cumplí los veintiséis años.

BRUNO.- Y antes... ¿nada? Tú has sido siempre más limpio que nosotros, Dalmiro. Y por eso mereces que te obedezcamos... Yo era muy brutal... muy toscó... Te hacía llorar llamándote afeminado,

echándote en cara que no te gustaban las mujeres. Y, a lo mejor, no mentía, no te gustaban las mujeres, te gustaba una mujer... Y he aquí, que, cuando la encuentras, los prejuicios, la tradición, las leyes, te ponen el puñal al pecho, como un bandolero y te dicen: la amante o la corona.

DALMIRO.- Porque para ti es indudable que yo he de optar entre las dos.

BRUNO.- ¡Ah!, eso sí, Dalmiro.

DALMIRO.- Bruno, ¿tú qué harías?

BRUNO.- ¿Quieres mucho a Diana?

DALMIRO.- No concibo la vida, sino con ella.

BRUNO.- Y Diana..., ¿te corresponde?

DALMIRO.- ¿Cómo puedes dudarlo? Me ha dado tantas pruebas...

BRUNO.- Por ejemplo...

DALMIRO.- Hace unos meses oyó decir que me destinaban por esposa a la duquesa Alicia. Un infundio ridículo... Pero a punto estuvo de envenenarse...

BRUNO.- (Súbito.) No me sorprendería que lo hiciese.

(Transición.) Calla, es espantoso que un ser al que se ama, que es indispensable para nuestra felicidad, sea capaz por nuestra culpa, en un momento de locura, de... No, no, Dalmiro... Eso es terrible. Y, sin embargo, si no se tratase de ti, yo te diría: «Sé egoísta. En la vida hay que acorazarse, defenderse de los demás». Pero es que tú adoras a Diana, solamente a Diana, ¿no? Nunca me hiciste confidencias. Ahora me acuerdo de Amanda Ricci, y de la condesa Neri, que juraban convertirme... ¿Con ninguna sentías nada?

DALMIRO.- No. Diana fue la revelación, el descubrir un mundo ignorado... el placer, Bruno, el placer.

BRUNO.- Pues entonces, Dalmiro, renuncia a todo menos a Diana. Defiéndela con uñas y dientes y, antes que perderla, abdica mil veces si no quieres ser un desgraciado.

DALMIRO.- Tal vez hubiese una solución...

BRUNO.- ¿Cuál? ¿La de esconderla en una villa, fuera de la ciudad? ¿La de convertirla en tu favorita?

DALMIRO.- Quizás...

BRUNO.- Eso, sí, sería posible, pero... ¿te consolaría? Aparte de que, como es lógico, tú le habrás prometido cosas muy diferentes y le sentirás esclavo de tus promesas.

DALMIRO.- Esclavo, no. Mi ilusión es cumplirlas. Casarnos y huir del reino a vivir nuestro idilio, aislados del resto del mundo.

BRUNO.- (Grandilocuente.) Eso, tampoco, Dalmiro. Oswaldo te cedería el castillo de Rovina, no lo dudes.

DALMIRO.- Renunciar... es lo que debo hacer.

BRUNO.- En el fondo, te comprendo. Sacudir de un manotazo los desvelos, las inquietudes por el destino de quienes, de pronto, nos pagan con la peor moneda y nos cuelgan en una noche de revolución. A nuestro padre le subía la náusea a la boca después de las audiencias. Era un espectáculo hediondo ver cómo iban las gentes a vaciar ante el trono sus codicias, sus odios, sus intrigas... ¿Nunca te contó nada? A mí, sí..., porque yo sentía una curiosidad malsana

por todo aquello y le esperaba para preguntarle «¿Qué sucedió hoy?» y el Rey Víctor me decía «Me han llenado unos de babas y otros de pus...». A tu espíritu le repugnan esas inmundicias, naturalmente. Ánimo, Dalmiro, no vaciles. Enciértrate en mi gabinete unos minutos. Deberás escribir tu renuncia. Pocas líneas, cuantas menos, mejor. ¿Sabes lo que yo diría? Ehhh... «Si mi infortunio personal sirviese de algo a mi pueblo, yo me lo impondría sin un segundo de vacilación. Ehhh... Pero a mi pueblo lo defiende la juventud de Oswaldo y a él... (Busca la palabra.) traspaso el honor de reinar en mi país. Sé que cuantos amen apasionadamente estarán a mi lado»... ¿Te parece?

DALMIRO.- Sí, tienes razón. Voy a redactarla ahora mismo. Gracias por tu lealtad, Bruno.

BRUNO.- Nuestra patria pierde contigo al mejor de los reyes. Diana, en cambio, se lleva al mejor de los hombres.

(Entra el AYA por la izquierda.)

AYA.- (Se dirige a DALMIRO.) Señor: avisan que Diana está muy grave y que os necesita...

DALMIRO.- (Desolado.) ¡¡No...!! (Y hace mutis velozmente por la izquierda.)

BRUNO.- ¿Qué pasa?

AYA.- Buscaban a su madre.

BRUNO.- ¡Señora Recovaro! (Transición.) Pero, ¿qué es lo que pasa?

AYA.- Al parecer, se ha abierto las venas.

BRUNO.- ¿Qué dices?

AYA.- De miedo a perder a Dalmiro..., o por no estorbarle... No saben.

ELENA.- (Por la derecha, seguida de OSWALDO.) Príncipe...

BRUNO.- ¡Sponcelli! ¿Dónde está Sponcelli?

AYA.- (Hace mutis. Se le oye repetir desde dentro.) ¡Señor Sponcelli! ¡Señor Sponcelli!

OSWALDO.- ¿Qué sucede?

BRUNO.- Diana acaba de hacer de verdad lo que nosotros queríamos que hiciese por juego.

ELENA.- ¿Se ha envenenado?

BRUNO.- Se ha abierto las venas...

ELENA.- ¿Mi hija? No, no es posible... ¡Diana, Diana...! (Mutis por la izquierda.)

SPONCELLI.- (Por la izquierda.) Príncipe...

BRUNO.- Seguid a esa mujer y salvad a su hija. Es la vida más importante del reino. Responderéis de ella con la vuestra.

(Mutis de SPONCELLI.)

OSWALDO.- (Tras una pausa.) Por fin, un amor verdadero, Bruno...

BRUNO.- (Enigmáticamente.) Que no puede morir...

OSCURO

Cuadro II

Un cartel dice: LA CEREMONIA.

La escena es idéntica a la del comienzo de la obra. Todos los movimientos de los personajes, salvo la sustitución de AURELIO por OSWALDO, serán exactamente iguales a los del primer cuadro. Falta DALMIRO. BRUNO espera en el primer término derecha. Por la izquierda entra primero RÓMULO, después OSWALDO.

BRUNO.- Señor...

(Se inclina respetuosamente. Se coloca frente a ellos, asistido de dos pajes. Le sigue el CANCELLER PAVANNI. Ahora, acompañado de dos acólitos portadores de ciriales y de un monje con los Santos Evangelios, aparece el PATRIARCA, al que todos hacen la reverencia.)

Señor Canciller...

CANCELLER.- Príncipe Bruno de Luca y de Rovina. En la mañana de hoy, el muy alto y muy noble señor Oswaldo de Luca y de Rovina ha sido ungido en nuestra santa catedral, soberano y señor nuestro, como el más inmediato sucesor de nuestro llorado Príncipe Lauro, cuyas virtudes y ejemplaridad esperamos le hayan abierto las puertas del cielo, y después de renunciados sus derechos por el Príncipe Dalmiro. Razones de salud os han impedido asistir a tan solemne ceremonia, con gran tristeza de todos, pero a fin de cumplir con las normas que imponen los usos y costumbres del reino, procede solicitaros el juramento de fidelidad. ¿Estáis dispuesto a formularlo sobre los Santos Evangelios cuando os lo pida su ilustrísima, el señor Arzobispo?

BRUNO.- Sí, excelencia.

CANCELLER.- Puede entonces, su ilustrísima hacerle las preguntas ordenadas en los Códices.

ARZOBISPO.- (Avanza un paso. El monje se arrodilla de espaldas a él y frente a BRUNO.) Príncipe Bruno de Luca y de Rovina, hijo de

los Príncipes Víctor y Herminia, ¿juráis como señor al más alto y más noble Príncipe Oswaldo, soberano de estos reinos por la gracia de Dios?

BRUNO.- Sí, juro.

ARZOBISPO.- ¿Juráis obedecerle en cuanto os mande, defenderle de sus enemigos y de los del reino, derramar, si fuese preciso, vuestra sangre para ahorrar la suya y ser en todo su fiel súbdito?

BRUNO.- Sí, juro.

ARZOBISPO.- Besad la mano a vuestro augusto Señor en señal de acatamiento.

(BRUNO avanza hacia OSWALDO y besa su diestra.)

Que Dios os premie si cumplierais lo que habéis jurado y os pida, si no, estrecha cuenta. (El ARZOBISPO le bendice. Bendice igualmente a OSWALDO y a los Príncipes, y con la misma comitiva que le acompañó, hace mutis por la izquierda.)

OSWALDO.- Canciller, dispondréis, conforme a los usos tradicionales, el indulto de los presos y el reparto de víveres y de bebidas entre los necesitados.

CANCILLER.- A las órdenes de Su Majestad.

(OSWALDO inicia el desfile por la lateral izquierda, tras un protocolario saludo de corte al Príncipe BRUNO, seguido de RÓMULO.)

AYA.- (Apenas se fueron. Después de unos segundos de estupor.)
¿Y el banquete que les habíamos preparado?

BRUNO.- ¡Pss...! Aya, le ha tenido miedo al pollo... ¡Le ha tenido miedo al pollo!

OSCURO

Cuadro III

El cartel dice: LA GLORIA MILITAR.

A la derecha, y en primer término, hay una jamuga vacía, y ante ella, una mesita pequeña con tablero de ajedrez y sus piezas. En el

centro geométrico del escenario, un gran escritorio de época, rojo. Entre el escritorio y la mesa de ajedrez, el carrito de BRUNO puede circular libremente. Sobre el escritorio, libros, pergaminos, un tintero y un candelabro. Tras este escritorio, una jamuga en la que se sienta RÓMULO y, al lado izquierdo, otra jamuga vacía. Cuando comienza la acción, RÓMULO escribe. Al poco, por la derecha, sale BRUNO que se sitúa entre el escritorio y la mesa de ajedrez.

BRUNO.- ¡Rómulo! ¡Rómulo!

RÓMULO.- ¿Qué sucede?

BRUNO.- Es preciso que hablemos.

RÓMULO.- Me coges sin arreglarme. ¿Qué pasa?

BRUNO.- El conde Pavanni podrá explicarte si te apetece, lo que se propone Oswaldo.

RÓMULO.- ¿Dónde está Pavanni?

BRUNO.- Espera en la antecámara.

(BRUNO gira en su carrito para llamar a PAVANNI, por la derecha.)
¡Conde Pavanni!

(Y entra, pocos segundos después, el CONDE PAVANNI. Depuesto, faltan a sus vestiduras las insignias propias de su antiguo rango.)

CANCILLER.- Señor... (Le besa cortésmente la mano.)

RÓMULO.- Os suponía en vuestro retiro.

CANCILLER.- Dos años de inactividad cansan a cualquiera. Allí me fui, en efecto, apenas el Príncipe Oswaldo me insinuó que ya había trabajado bastante por el reino, pero he regresado hace unas semanas.

RÓMULO.- ¿Tenéis alguna noticia que darme?

CANCILLER.- Sí, Príncipe. Se trata de algo demasiado grave para que lo ignoréis. El Príncipe Oswaldo prepara la firma de una alianza con Venecia.

BRUNO.- ¿Lo sabías?

RÓMULO.- No.

BRUNO.- ¿Cómo os enterasteis, Pavanni?

CANCILLER.- Por una confidencia de un amanuense.

RÓMULO.- Estáis bien informado.

CANCILLER.- Es una manía de la que no consigo curarme.

BRUNO.- Ni lo intentéis: la padecen todos los hombres públicos.

CANCILLER.- Es extraño que el canciller Marini os haya ocultado un asunto de tanta importancia.

RÓMULO.- Si el Príncipe Oswaldo guardaba el secreto, ¿por qué iba a romperlo el Canciller? Esto aparte, ¿cuál es vuestra opinión sobre esa alianza?

CANCILLER.- Temo que sus consecuencias sean desastrosas. El Sultán la considerará -y no sin motivo- como una provocación. Es prudente quitarle todo pretexto de agredirnos.

RÓMULO.- Ojalá que vuestras predicciones no se cumplan.

CANCILLER.- Soy yo el primero en desearlo.

BRUNO.- Es inútil: Oswaldo sueña con la gloria militar. Es de esos príncipes para los cuales la guerra es tan solo una ocasión de lucimiento.

CANCILLER.- Por la gloria militar se entra en la Historia con más firmeza que por ninguna otra: no es extraño que Oswaldo intente seguir ese camino. (Transición.) Lo cierto es que no estamos preparados para una guerra.

BRUNO.- Eso es lo que me hace temer que se desencadene.

RÓMULO.- El pueblo no la quiere.

BRUNO.- Si solo se hubiesen hecho las guerras que quiere el pueblo...

CANCILLER.- La afición a la sangre del pueblo suele saciarse con el motín, con la revolución, acaso. No necesita más.

BRUNO.- Hay príncipes que se consideran menores de edad mientras no reciben su bautismo de fuego. Quizá Oswaldo es uno de ellos.

RÓMULO.- Una guerra... Sería terrible... (Hace mutis por la derecha, preocupadamente.)

BRUNO.- Pavanni: vos no estáis contento de cómo van los asuntos del reino y yo tampoco.

CANCILLER.- Así es, Príncipe.

BRUNO.- ¿Nunca pensasteis en vuestro retiro, tan injusto, por cierto, en hacer algo para que cambien?

CANCILLER.- Mil veces, señor.

BRUNO.- Seguramente tenéis muchos adictos.

CANCILLER.- Menos en número que cuando fui canciller. Pero en ese punto de exacerbación y de fidelidad que trae consigo la desgracia.

BRUNO.- Gentes dispuestas a serviros, leales, audaces... discretas...

CANCILLER.- Probablemente.

BRUNO.- Y, sin embargo, tener muchos, es poca cosa, si es que no tenéis uno.

CANCILLER.- ¿Cómo decís?

BRUNO.- Sí, uno, entendedme bien, capaz de todo.

CANCILLER.- También lo tengo.

BRUNO.- ¿Sí?

CANCILLER.- Doménico Ferrucci se llama. Está a mitad de camino entre el fanatismo y la locura. Un irresponsable útil, señor.

BRUNO.- ¿Os obedecería en cuanto le mandaseis?

CANCILLER.- Imaginaos la bala de una bombardera que yo pudiese llevar de la mano hasta su blanco. Así es para mí Doménico Ferrucci.

BRUNO.- Cultivadlo, Pavanni. Conviene tener su fervor al día, por si uno cualquiera lo necesitaseis.

CANCILLER.- Así lo haré, Príncipe.

BRUNO.- Y ahora, quiero que me respondáis sinceramente. Puesto que Oswaldo no tiene hijos varones, si mi hermano Rómulo subiera al trono, ¿a quién juraríais heredero?

CANCILLER.- Solo hay una respuesta para esa pregunta.

BRUNO.- ¡Ah, no...! Si el Príncipe Dalmiro tuviese descendientes...

CANCILLER.- (Irónico.) Nadie lo espera en el reino. Pero,

aunque los murmuradores se equivocasen, el Príncipe Dalmiro renunció a sus derechos para sí y para los suyos, y, por tanto, nadie podría alegarlos. Vos sois el único a quien legítimamente le corresponden.

BRUNO.- ¿Y me juzgáis capaz de llevar el título de Príncipe heredero?

CANCILLER.- ¿Y por qué no, señor?

BRUNO.- Arrastro, casi desde niño, una triste enfermedad que me ha convertido en un inválido.

CANCILLER.- El pueblo os ama a pesar de ella, y se ha hecho a veros en vuestra silla como a otros de vuestros hermanos en su caballo.

BRUNO.- Las buenas gentes del reino tienen la sensación de que el Príncipe Bruno es un inútil.

CANCILLER.- ¿La parálisis que sufrís, os alcanza a las manos?

BRUNO.- No, qué absurdo...

CANCILLER.- Ya sé que no, ya sé que podéis escribir cuanto se os antoje. Pues gobernar es firmar, Príncipe.

BRUNO.- Al pueblo le gustan las comitivas lucidas, los desfiles marciales. ¿Que podría darle yo de todo eso?

CANCILLER.- Poco quizás en ese orden, pero hay otras cosas más profundas que el pueblo necesita y que le llegarían a través vuestro. Vos seríais un Príncipe consagrado al bien de sus súbditos y ellos lo adivinarían desde la primera hora.

BRUNO.- Es triste soñar tanta grandeza para tanta miseria física.

CANCILLER.- Oh, no, no digáis eso. Es deprimente oíroslo. Y, además, no tenéis razón alguna para reaccionar así. En lo que a mí se refiere, yo os juraría muy gustosamente, no ya Príncipe heredero, sino Rey.

BRUNO.- (Enrojece.) ¿Rey...?

CANCILLER.- Oh, sí... ¿Por qué no? En el caso de que... el azar os abriese el camino... Seríais un rey asombroso, señor.

BRUNO.- (Ambiguamente.) ¿Sí?

CANCILLER.- Solo son buenos amadores aquellos a los que les gustan las mujeres. A vos, Príncipe, el poder os atrae, os fascina, os hace tanta falta como el aire.

BRUNO.- ¿Qué os lleva a suponerlo?

CANCILLER.- Basta saber mirar vuestra mirada.

BRUNO.- ¿Es posible que sea tan expresiva? ¿Nunca habéis temido equivocaros interpretándola?

CANCILLER.- No. Por eso dije que seríais, si el destino lo quisiese, un gran rey, uno de los grandes reyes de nuestra dinastía.

BRUNO.- Acercaos, Pavanni.

CANCILLER.- ¿Qué deseáis de mí?

BRUNO.- Acercaos...

(PAVANNI le obedece. Cuando lo tiene a su alcance, BRUNO deja caer un libro. PAVANNI se inclina para recogerlo. BRUNO le echa las manos al cuello.)

CANCILLER.- (Lucha por desasirse de esa argolla que, si no cediese, acabaría asfixiándole.) ¡Señor...!

BRUNO.- Te he de ahogar para que no vuelvas a decir nunca lo que has dicho.

CANCILLER.- ¡Señor! (Consigue, por fin, desasirse. El libro sale despedido.) No lograríais nada enmudeciéndome.

BRUNO.- Por lo menos que nadie te lo oiga.

CANCILLER.- Enmudeced vos mismo, Príncipe.

BRUNO.- ¿Yo?

CANCILLER.- Sí, conducíos de manera que no se os transparente ese juego con el que movéis los hilos de los demás, con el que ayudáis a que se consuma Lauro, a que abdique Dalmiro, a que se estrelle Oswaldo. El mismo juego, sin duda, con el que mañana, procuraríais saltar sobre Rómulo y conseguir el poder.

BRUNO.- (Como si sufriera de verse descubierto.) ¡Pavanni!

CANCILLER.- ¿Es que teméis que haga uso de esto contra vos? ¡Qué poco me conocéis! Estáis hablando con el más leal de vuestros súbditos. ¿Y sabéis por qué lo soy? No, simplemente, por adhesión a vuestra persona, sino porque vos sois el único tallado con madera de Rey, el único en quien veo, de verdad, la ambición de reinar. Reinar no consiste tan solo en conducir tropas a la batalla, ni en convertir la ciudad en un vivero de poetas; reinar es hacer grande cuanto se toca, enriquecerlo y llenarlo de sentido ante la Historia. Vos, Príncipe, mandaríais a vuestros súbditos, no cantaríais a la luna, haríais leyes y no sonetos. Y yo os serviría humildemente. (Transición.) Si no me hubiese librado de vuestra injusta cólera, hubieseis perdido un seguidor, modesto, pero acaso eficaz.

BRUNO.- Pavanni...

CANCILLER.- Dejadme que os confiese que si los músculos de vuestras piernas fuesen a la par de los de vuestros brazos, seríais el mejor andarín del reino.

BRUNO.- (Habla apaciguadamente.) Pavanni, venid aquí... (Ante un gesto receloso de PAVANNI.) No temáis. Es ayuda lo que os pido.

CANCILLER.- (Recogió el libro que había dejado caer BRUNO.) ¿Leéis a Maquiavelo? (Se lo entrega.)

BRUNO.- Siempre instruye... Ayudadme, Pavanni.

CANCILLER.- ¿A qué, señor?

(BRUNO intenta abandonar su silla. Se sirve de un bastón y del apoyo que le presta PAVANNI. Gracias a ambas cosas, se coloca de pie buscando la pared en que reclinarse y descansando el peso de su cuerpo, visiblemente, sobre el bastón.)

Yo no sabía que...

BRUNO.- ¿Os sorprende?

CANCILLER.- Creí que ni esos movimientos os eran posibles.

BRUNO.- ¿Bastan para ser Príncipe heredero?

CANCILLER.- Ya os dije que bastan para ser Rey.

BRUNO.- En fin, sentémonos de nuevo. Me fatigo mucho.

RÓMULO.- (Se vistió por completo. Mira a BRUNO con asombro.)

¿He de enterarme hoy de todo gracias a Pavanni?

BRUNO.- Oh, no, Rómulo.

RÓMULO.- ¿Desde cuándo, Bruno?

BRUNO.- Es el límite, hermano. Y a él llegué hace ya algunas semanas. (Ocupó de nuevo su silla.)

CANCILLER.- Felicidades, señor, es un progreso que salta a la vista.

BRUNO.- Demasiado pequeño para festejarlo.

CANCILLER.- Y si no disponéis nada de mí...

RÓMULO.- ¿De verdad la actitud del Sultán os inquieta mucho? ¿Vos no hubierais aconsejado la alianza con Venecia?

CANCILLER.- Yo fui depuesto por oponerme a ella.

RÓMULO.- Está bien, Pavanni. Podéis retiraros.

CANCILLER.- Con la venia... (Mutis de PAVANNI por la izquierda.)

BRUNO.- Oswaldo llevará el reino a una hecatombe.

RÓMULO.- ¿Sabes la manera de evitarlo?

BRUNO.- Sí, hay una, que tú subas al trono.

RÓMULO.- Una revolución...

BRUNO.- No, es demasiado expuesto. Se conoce el principio de las revoluciones, pero no el final. Habría menos revolucionarios si esa verdad estuviese suficientemente difundida.

RÓMULO.- ¿Qué es, entonces, lo que maquinan?

BRUNO.- ¿Es posible que no sueñes con reinar un día?

RÓMULO.- (Borrosamente.) No...

BRUNO.- Mientes, Rómulo.

RÓMULO.- ¿Por qué lo dices?

BRUNO.- Algo ha cambiado en ti y, si eres sincero, deberás confesarlo. La sangre de todos los herederos del mundo hierve, cuando ya la espera se alarga. Lo mismo da heredar tierras, ducados de oro, o coronas de príncipe. Algunas de esas sangres hierven tan en silencio que ni aun los cortesanos más finos de oído lo notan. Y la tuya lo hace con una discreción admirable, pero hierve.

RÓMULO.- ¿Estás muy seguro?

BRUNO.- No finjas conmigo. El ser Príncipe heredero más te ha servido de mortificación que de otra cosa. Yo te vi morderte los labios el día en que dejaron de batir marcha porque habían confundido tu carroza con la de Oswaldo y sé que te duelen, como seis bofetones, los seis pasos de respeto que tienes que cederle en los desfiles.

RÓMULO.- Reinar no me haría tan feliz como el componer música o el escribir versos.

BRUNO.- Las dos cosas las haces muy mal, Rómulo.

RÓMULO.- También tú eres el primero que me lo dice.

BRUNO.- ¿Y quién, sino yo, que te adoro, podría decírtelo? ¿El canciller Marini, tus edecanes? La adulación nos envuelve a los príncipes en la vida lo mismo que las flores en la muerte. Todos nos halagan. Ninguno es sincero. El puñal de un descontento nos trae a veces la noticia de que las cosas van mal. La fetidez de aliento de nuestro padre daba pavor a cuantos le hablaban, pero nadie se lo dijo y murió sin saberlo. Que no sea ese tu caso. Ea, aunque te

hiera, de tus dotes de artista se ríen muchos en la corte.

RÓMULO.- ¿Quiénes?

BRUNO.- Ya te daré nombres, si te interesa conocerlos. Pero, aunque tuvieses el talento de Petrarca, ¿qué honores te vendrían por ese lado? Deja a los poetas que se ciñan coronas de laurel. Los pobres no las tienen de otra cosa. Tú posees una de pedrería y no debes cambiarla.

RÓMULO.- ¿Y qué es lo que pretendes que haga?

BRUNO.- Vuelve la cabeza unos años atrás. Acaba de morir nuestro padre. ¿A quién iba a ocurrírsele que Aurelio le sobreviviera unas semanas? Aurelio murió. Murió Lauro, quince meses más tarde y Dalmiro abdicó en Oswaldo. El destino, mientras tú estabas inmóvil, trabajó generosamente por ti y te puso en las gradas del trono. Fuerza al destino ahora y da tú el último paso, el definitivo.

RÓMULO.- Habla claramente.

BRUNO.- ¿Crees que va a faltarme el valor? Me estorba la vida de Oswaldo, ya está dicho.

RÓMULO.- ¿Y supones que yo...?

BRUNO.- Tú, no. Tú, no tienes que hacer nada. Tu papel es, simplemente, dejar hacer a los demás.

RÓMULO.- ¿A quiénes? ¿Cómo?

BRUNO.- (Sonríe.) Glu..., glu..., glu... Ah, por fin... Es tu sangre que hierve. Es muy sencillo tu papel. No oponerte, no denunciar nada... Y acostarte como Príncipe heredero una noche cualquiera y levantarte al día siguiente como Príncipe reinante.

RÓMULO.- Intentas, entonces...

BRUNO.- Sí. Eliminarle.

RÓMULO.- ¿De qué manera?

BRUNO.- Llevo un tiempo urdiendo mis planes, buscando ayudas.

RÓMULO.- Cómplices, querrás decir.

BRUNO.- Llámales como te plazca. Nunca se sabe con qué nombre pasan los magnicidas a la historia. Si con el de asesinos o con el de patriotas. A veces, el día de la muerte se declara de luto y el del primer aniversario, fiesta nacional. Manos útiles son las que necesito.

(RÓMULO se sienta en la jamuga del tablero de ajedrez. BRUNO, con su carrito, se sitúa al otro lado.)

RÓMULO.- ¿Y las encontraste?

BRUNO.- Acaso.

RÓMULO.- ¿Quiénes son? ¿Otra vez la condesa Alarbi?

BRUNO.- No... Tiene muchos años ya y ha perdido el sentido de la medida: unas veces le salen bombas y otras purgantes. No, no, la condesa Alarbi conserva la afición, pero no es posible fiarse de ella. Por otra parte, el veneno deja siempre detrás de sí un tufo familiar muy sospechoso. Es el gran disolvente de los matrimonios mal avenidos, el liquidador de ciertos viejos obstinados en vivir más de lo razonable o de los niños que nacen con tres piernas o dos

cabezas. Oswaldo debe morir como ya ha muerto algún rey: en accidente de caza. El arte de cazar tiene sus riesgos. Oswaldo podría morir víctima de ellos.

RÓMULO.- ¿Qué preparas, su asesinato?

BRUNO.- Te perezcas por las palabras malsonantes. Una conjura, simplemente.

RÓMULO.- ¿Y quiénes son los conjurados?

BRUNO.- Hasta ahora, uno, importantísimo: Pavanni.

RÓMULO.- ¿Pavanni?

BRUNO.- ¿Te asombras? Oswaldo le destituyó sin contemplaciones a los dos días de su coronación. La muerte es el menor de los males que inspiran los príncipes a aquellos a quienes despiden.

RÓMULO.- Pero, alguien tendría que ser el ejecutor.

BRUNO.- Claro que sí.

RÓMULO.- ¿Y habría quien se expusiese a la horca...?

BRUNO.- Pavanni dispone de muy buenos mastines. No sería difícil echar la culpa a un cazador furtivo o encontrar quien jurase cómo vio tropezar al Príncipe al mismo tiempo que se le disparaba la escopeta. Ya se proveerá, hermano. Mi plan dista mucho de estar a punto.

RÓMULO.- ¿Por qué me lo propones, entonces?

BRUNO.- Porque hoy, cuando es solo una nebulosa, un proyecto que tú podrías abortar con una sola palabra, quiero estar seguro de que no la pronuncias.

RÓMULO.- ¿Cuál es tu propósito? ¿Comprometerme?

BRUNO.- ¿Cómo se te ocurre? A ti te llevarían la noticia mientras estuvieses componiendo poemas a la primavera. Y tú te limitarías a ordenar que todas las campanas del reino tocasen a muerto.

RÓMULO.- Es envilecerme lo que buscas, mancharme, haciéndome participar moralmente en ese crimen.

BRUNO.- No. Pero sí que pagues tu cuota por reinar y que comprendas que yo tenía razón y que el poder es el máximo bien sobre la tierra.

RÓMULO.- Quizás, pero no conseguido así.

BRUNO.- ¿Qué temes? ¿Que los remordimientos te amarguen el triunfo? ¿Que el fantasma de Oswaldo te salga al encuentro por los corredores de Palacio? Sabía que escribías versos, mejores o peores, no cuentos de niño.

RÓMULO.- ¡¡Bruno!!

BRUNO.- (Violentamente.) ¡Basta ya! Rómulo: con tu venia hablaré a Pavanni. Pavanni hablará a los suyos y Oswaldo correrá su suerte. En todo caso, tú, subirás al trono.

RÓMULO.- (Tras una larga pausa.) Hay momentos en los que me pareces un poseído del demonio.

BRUNO.- En el fondo, la ambición del poder tiene de satánico... cuando no lo tiene de divino.

(Rumores fuera. RÓMULO avanza hacia la derecha. Del patio de armas suben voces de mando, clarines de órdenes. Suena un cañonazo.)

RÓMULO.- (Abre la ventana.) ¿Qué sucede? ¿Qué sucede?
CANCELLER.- (Por la derecha.) ¡Las galeras del Sultán, señor!
RÓMULO.- ¿Cómo es eso?
CANCELLER.- Están entrando en el puerto. (Hace mutis por la derecha.)
RÓMULO.- ¿Qué piensas?
BRUNO.- (Tras una larga pausa.) Será mejor olvidar todo lo hablado. Es la guerra.
RÓMULO.- Habría de morir Oswaldo combatiendo y yo me buscaría en las manos las huellas de su sangre.

(Están los dos en primer término, delante del escritorio central. Nuevos disparos. Los clamores suben de tono, mientras se hace el...)

OSCURO

Cuadro IV

VOZ.- El Príncipe Oswaldo murió cuando repelía heroicamente el asalto a las galeras del Sultán. Reina desde hace tres años el Príncipe Rómulo. Durante este tiempo, Bruno fue en Venecia embajador de su hermano. Ahora, cuando esta crónica está a punto de acabarse, Bruno ha regresado a su país. Este capítulo se titula...

(Aparece un cartel que dice: EL PRÍNCIPE.)

(Al hacerse la luz se ve una larga mesa en cuyos extremos están RÓMULO y BRUNO. RÓMULO en el izquierdo, BRUNO en el derecho. Hay copas y jarras de vino. BIANCA canta ahora íntegramente la canción que la oímos terminar cuando comenzaba la obra, ya acompañada de la celesta, ya con el laúd. Esta canción puede ser La Gavota, de Purcell, impresionada por Victoria de los Ángeles en un disco Vitola ASDL 809, que se titula Let us Wander y que podría servir para este objeto. Su letra diría así: «Quiero a tu lado, amor, siempre estar.
/ Y silenciosamente descansar. / Ser de tu pecho calor y habitación.
/ Mi reino hallar dentro de tu corazón. / Cielo, perla, estrella y mar. / No los quisiera cambiar. / Por la gloria de ser tu mujer. / Y

en tus ojos amanecer». Cuando ha terminado de cantar, se dispone a servir a los Príncipes. Mientras lo hace, comienza el diálogo de estos.)

BRUNO.- Cantaba en el coro de la catedral. ¿Qué te parece?

RÓMULO.- Robaste a la Madoninna algo de más valor que los candelabros o los ornamentos. Te merecías la excomuni3n del Arzobispo. (Transici3n.) ¿La perdonaste ya?

BIANCA.- Fui yo, quien le perdoné.

RÓMULO.- (Llena la copa de BRUNO, hace lo mismo con la suya, y ambos beben.) Juraría que bebes menos que antes.

BRUNO.- Al contrario que tú.

RÓMULO.- Tal vez.

BRUNO.- Han pasado tres años... ¿Me notas envejecido?

RÓMULO.- Tres años no son gran cosa en un hombre al que llevo solamente dos.

BRUNO.- Tú estás igual. Tienes el aire alegre y pareces seguro de ti mismo.

RÓMULO.- ¿Echabas de menos todo esto?

BRUNO.- Sí.

(RÓMULO, súbitamente, se dirige a la ventana del foro y la abre. Da la sensaci3n de haber oído algo. Después la cierra y vuelve a sentarse donde estaba.)

Te veo nervioso, R3mulo.

RÓMULO.- Me parecía haber oído ruido de caballos en el patio.

BRUNO.- ¿Tan pronto esperas tus correos?

RÓMULO.- Cuando la Princesa Constanza llegue a Fiume, un par de jinetes se adelantarán a la comitiva para avisármelo.

BRUNO.- Mucho han de correr. Las diligencias de Luigi Recovaro, nuestro morganático pariente, son tan veloces como el rayo. ¿Tú saldrás a su encuentro?

RÓMULO.- Yo iré a reunirme con ella a la mitad del camino.

BRUNO.- ¿Le llevarás flores o versos?

RÓMULO.- ¿Por qué no las dos cosas? (Transici3n.) Bianca, tú no la conoces.

BIANCA.- No, no la he visto nunca.

RÓMULO.- Tampoco yo. Es la Princesa Constanza de Sicilia. Tiene diecisiete años y Dios haga que se parezca a esta miniatura. (Le muestra una que lleva en el bolsillo.)

BIANCA.- Seréis el hombre más afortunado de la tierra si de verdad se le parece.

RÓMULO.- Nuestra dinastía necesita brotes nuevos.

BRUNO.- Cierto. Una dinastía que se extingue es como una estrella que se apaga.

RÓMULO.- Brindo por mi larga descendencia.

(Beben los dos. BIANCA se levanta, ordena la mesa, coge algunos

platos y hace mutis.)

BRUNO.- Dime... ¿Lo amas ya?

RÓMULO.- ¿Qué?

BRUNO.- El poder.

RÓMULO.- Tal vez, sí.

BRUNO.- ¿Aún no lo sabes?

RÓMULO.- Sé que no tengo nostalgia de lo que fui y que no podría dejar de ser lo que soy sin dolor.

BRUNO.- La poesía, la música...

RÓMULO.- Pasaron. En alguna ocasión he recordado lo que me dijiste el día de la muerte de Aurelio: «No hay en el reino vino de más grados que el poder ni que embriague más». Acertabas.

BRUNO.- Celebro oírtelo, Rómulo.

(Vuelve BIANCA.)

RÓMULO.- Y, sin embargo, ¿quién tiene el poder?

BRUNO.- Tú.

RÓMULO.- Yo estoy por encima de los dignatarios, de los consejeros, del canciller y sobre todos ellos mando, pero dependo a la vez de la sonrisa de los humildes, de los pobres de la calle y el día en que sus aplausos son menos vivos que de costumbre, duermo mal creyendo que he perdido su favor. El poder es un collar hecho de mil cuentas, cada una de un dueño distinto, y fatuo será quien se imagine que le pertenecen todas.

BRUNO.- Tú llevas ese collar.

RÓMULO.- Solamente prestado.

BRUNO.- El más bello espectáculo del universo es ver a un príncipe al que vitorean sus súbditos. Tú lo disfrutas.

(Acompasadamente, BRUNO habrá ido evolucionando con su carrito a lo largo de la mesa. Inmediatamente antes de la entrada de BIANCA, BRUNO estará sentado cerca del extremo derecho.)

RÓMULO.- Acaso sí.

BRUNO.- Ser el centro de las miradas, de las esperanzas y de los temores de todos. Disponer de la libertad, de la fortuna, de la vida ajena, si es preciso... Oírse nombrar con reverencia entre el incienso de la catedral, ver llenarse de luminarias las ciudades, y de banderas, saber que mil oraciones anónimas suben al cielo, a diario, pidiendo, por su salud... ¿Dónde hay un destino más noble que ese? ¿Dónde, Rómulo?

RÓMULO.- Es cierto...

BRUNO.- Y por bajo de tanto brillo, de tanta pompa, la seguridad de ser la mano de Dios sobre la tierra y de poder multiplicar la felicidad de las gentes y disminuir sus dolores. (Transición.) Yo te revelé la existencia de ese universo.

RÓMULO.- Es verdad.

BRUNO.- Y te predije que llegaría a ser tuyo, si te lo proponías.

Y tuyo ha sido, sin mover un dedo.

RÓMULO.- Así es.

(Hay un largo y difícil silencio.)

BIANCA.- ¿Queréis oírme alguna otra canción, señor?

RÓMULO.- Sí, Bianca.

(BIANCA se dispone a cantarla. Ruido de caballos en el patio. RÓMULO abre de nuevo la ventana.)

Ahí están. Ahora sí, son ellos. (Y hace mutis por la izquierda.)

BRUNO.- (Tras una pausa.) ¿Qué me miras?

BIANCA.- Me das miedo. Y no hoy, desde hace muchos años.

BRUNO.- Déjame entonces.

BIANCA.- Si me das miedo es porque soy incapaz de dejarte, porque hagas lo que hagas, me sentiré siempre unida a ti, cómplice, a pesar mío, de tus maldades, de tus crímenes.

BRUNO.- ¿Qué me reprochas?

BIANCA.- ¿Te atreves a preguntármelo? Ahí está, con Pavanni, ese hombre, esperando su momento. Aterra el verle... Vas a sacrificar a Rómulo sin que te tiemble la mano.

BRUNO.- ¡Cállate!

BIANCA.- Es mía la culpa. Yo debí huir de tu lado, descubrirte ante todos y maldecir tu nombre.

BRUNO.- ¿Por qué no lo hiciste?

BIANCA.- Por piedad de ti. Sí, me inspiras piedad más que amor. Eres un enfermo. Una fiebre que no desaparecerá nunca, te quema el alma y los huesos. La ambición de mandar te consume.

BRUNO.- Voy a saciarla.

BIANCA.- Y la manera que has elegido para saciarla, ¿no te espanta?

BRUNO.- ¿Es que tengo otra? Si hubiese nacido en una casa de pescadores me habría abierto camino hasta el poder hablando en las plazas públicas, convirtiéndome en tribuno del pueblo y guiándole al asalto del Palacio. Pero he nacido dentro de él, y desde mis habitaciones de príncipe al salón del trono hay solamente un pasadizo estrecho y oscuro, del que nadie más que la muerte guarda la llave.

BIANCA.- ¿Y no temes que se te acuse de esa muerte? ¿No temes a una revolución?

BRUNO.- La revolución es el telón de fondo de todos los reyes. Y también lo será para mí. Sin embargo, la Historia se fijará más en cómo haya servido a mis súbditos que en cómo haya llegado al trono. Habré sido implacable hasta subir a él, pero nada se opone a que después sea clemente y logre la felicidad de mi pueblo. No sería el primero ni el último.

BIANCA.- Cuando el Aya sepa lo que has hecho se horrorizará de ti.

BRUNO.- Quizás no, me quiere demasiado. Yo soy el hijo que no tuvo, (Misteriosamente.) el que no supo dar a mi padre... su amante.

(BIANCA oye con un mudo asombro esa revelación. RÓMULO vuelve por la izquierda.)

¿Eran los correos?

RÓMULO.- Me equivoqué otra vez. Eran correos, sí, pero no los de Fiume. (Se sienta, víctima de una súbita fatiga.) ¡Qué extraño cansancio! Tal vez subí demasiado deprisa.

BRUNO.- Ese cansancio yo no lo he sentido nunca.

RÓMULO.- Dame un poco de vino.

(BRUNO le llena la copa que bebe RÓMULO.)

BRUNO.- ¿Te sientes mejor?

RÓMULO.- Sí, ya pasó.

BRUNO.- Escucha, Rómulo. Hay algo grave de lo que no hemos hablado. Durante tres años me has tenido en el destierro.

RÓMULO.- ¿A la Embajada de Florencia aludes? Dorado destierro...

BRUNO.- Me pregunto qué es lo que consuela verdaderamente de vivir lejos del suelo en que nacimos. Y pienso que no hay nada que neutralice tanta tristeza. Es un ser distinto de uno, ese que sufre o goza, más allá de estas murallas. Sólo en su Patria conoce el corazón del hombre su medida.

RÓMULO.- Es verdad, Bruno.

BRUNO.- Ahora bien, si tú me desterraste fue porque, de pronto, empezaste a temerme. (Ante un gesto de RÓMULO.) Sí, Rómulo, sí. Tú sospechaste que si yo maniobraba e intrigaba en tu favor era porque paralelamente, iba subiendo tus mismos escalones y acercándome a tu meta.

RÓMULO.- ¿No era así?

BRUNO.- Creo que lo adivinaste al mismo tiempo que yo. La mañana en que mataron a Oswaldó vi mi amor de hermano pasar a un segundo término y comprendí que, ante mi deseo de reinar y de no morirme sin lograrlo, todos mis otros sentimientos palidecían. Esa mañana supe que si el poder no llegaba un día a mis manos, mi destino sería tan trágico como el del cantante al que rasparen las cuerdas de la garganta o el del pintor al que le vaciasen los ojos.

RÓMULO.- Es verdad, yo adiviné todo eso.

(RÓMULO se levanta con la copa vacía y se sitúa ante la mesa, en el centro de la escena. BRUNO, ahora, está a la izquierda.)

BRUNO.- Entonces, en un primer momento, yo me convertí para ti en un espía que te acechaba. Lo mismo que Pavanni, pobre, al que

dejaste pudrirse, decepcionado, en su castillo de Gravosa... Sí, Rómulo... Te entró el miedo de que en cada copa que bebías pudiesen ir disueltas unas gotas de veneno y de que súbitamente, cuando aguardabas, escondido en el bosque, la aparición de los ciervos, una bala perdida acabara tu existencia.

RÓMULO.- Estás acusándote a ti mismo.

BRUNO.- ¿Y quién te dice que intento disculparme? Tú tenías razón, Rómulo. Desde que tu vida empezó a ser lo que me separaba del trono, yo la he mirado como enemiga de la mía, y todos mis esfuerzos para resignarme a ser el segundón, el heredero, han sido inútiles.

RÓMULO.- Lo siento, Bruno. Creí que la distancia habría servido para curarte esa enfermedad.

BRUNO.- No. Si algo hubiese podido mejorar de ella en estos años, el anuncio de tu boda me habría hecho retroceder en un instante. Sé muy bien que, si un día tuvieses un hijo, yo sería algo tan inútil como el cauce de un río cuando se desvían las aguas. (Transición.)

Voy a evitarlo.

RÓMULO.- (Entre irónico y preocupado.) ¿Evitarlo? ¿Cómo, Bruno?

BRUNO.- De una manera brutal... de la única manera con que se evitan muchas cosas de esta vida: con la muerte.

RÓMULO.- ¿De quién?

BRUNO.- ¿De quién ha de ser, sino de ti?

RÓMULO.- ¿Vas a matarme?

BRUNO.- Sí, Rómulo.

RÓMULO.- Siempre tuviste cierta afición por las bromas de mediano gusto.

BRUNO.- No bromeo, es la verdad.

(RÓMULO mira en el fondo de las copas.)

Tranquilízate, no has sido envenenado. Te consta que soy poco amigo de esos procedimientos. (Transición.) Voy a matarte, Rómulo... Y, sin embargo, te he querido más que a nadie. Tú has sido el héroe de mis años de niño, el ser superior en el que se reunían todos los dones, todas las virtudes. Te admiraba tanto que no podía enviartiarte. Solo a esta fuerza oscura y superior a mí, me he rendido. Miento, no voy a matarte, quizás no podría. Van a matarte, y ya tu muerte es inevitable y sin remisión posible. Y eso es a tal punto cierto, que yo te suplicaría que me dieras la lección de aceptar tu fin, sin un grito, sin pedir socorro, porque nadie ha de oírte y, si alguien te oyese, no iría en tu ayuda. Y a mí me gustaría que el ser al que yo he considerado siempre por encima de los demás, muriese con la misma entereza y dignidad con que vivió.

RÓMULO.- ¡Auxilio!

BRUNO.- Qué decepción...

RÓMULO.- ¡Auxilio, auxilio!

(De espaldas a RÓMULO, entra rápidamente por la derecha Doménico Ferrucci y le clava el puñal hasta el pomo. RÓMULO se desploma)

muerto.)

BRUNO.- (Como si le hiciese un reproche amistoso.) Rómulo querido: te dije que no iba a servirte de nada.

CANCILLER.- (Entra por la derecha. A Doménico, que se ha arrodillado y mira extrañamente a RÓMULO.) ¡Huye, Doménico!

(Doménico le obedece y se va por la derecha.)

BRUNO.- Abridme esa ventana, Pavanni... (Se rectifica.)
Canciller Pavanni...

(PAVANNI le obedece.)

CANCILLER.- (Tras una pausa.) ¿Qué vais a hacer, señor?

BRUNO.- Ahora lo veréis. (Se asoma a la ventana.) ¡Han matado al Rey! ¡Al asesino, al asesino...! ¡Centinela! ¡Ese es! ¡Matadle! ¡Matadle!

(Ruido de lucha. Un grito.)

OSCURO

Prólogo

El cartel dice: «PRÓLOGO. La agonía del Príncipe Víctor».

A la izquierda, en primer término, una cama con dosel. Dos soldados en el lado derecho. El Príncipe VÍCTOR, envuelto en una hopalanda -septuagenario, barba canosa-, está acostado en el lecho. A su lado, frente al espectador, el Príncipe AURELIO y SPONCELLI; a los pies de la cama, un almohadón sobre el cual, de rodillas, reza el AYA; los restantes Príncipes, menos BRUNO y OSWALDO, aparecen a distintas

distancias del lecho donde agoniza el Príncipe VÍCTOR. En el centro de la escena, una mesita pequeña sobre la cual escribe el CANCELLER PAVANNI.

VÍCTOR.- No, Sponcelli, no me sangréis más. Abandonemos la lucha... Es tan inútil continuarla. Dejadme la poca sangre que me queda para despedirme del mundo y cumplir con Dios... (Al AYA.)
¿Por qué lloras?

AYA.- Estoy tan triste...

VÍCTOR.- Pobre Guillermina... Lo peor de la muerte es su nombre. Yo no estoy muriéndome. Estoy durmiéndome nada más, aunque sea para siempre. Dormir... ¿Ves cómo eso no asusta nada?

(El AYA sigue llorando tenuemente.)

¡Canciller!

(El CANCELLER se le acerca.)

(El Príncipe VÍCTOR le habla despacio, con visible fatiga, pero sin patetismo, con una especie de resignación señorial con su destino.)

Leedme el parte que os dicté esta madrugada...

CANCELLER.- (Evasivo.) Decía que habíais pasado la noche muy agitadamente, señor...

VÍCTOR.- ... y que se temía un triste desenlace... ¿no?

CANCELLER.- Sí...

VÍCTOR.- Si fui yo mismo quien lo compuso... ¿por qué os negáis a repetírmelo? En fin, ya no sirve... Os voy a dictar otro, el último... para que lo mandéis colocar en seguida en la puerta de palacio. Copiad, copiad...

(El CANCELLER se dispone a hacerlo.)

¿Y Bruno?

AURELIO.- Salió un momento.

VÍCTOR.- Que vuelva en seguida, antes de que sea tarde. Ya sé que este es un trance penoso, pero deberá acompañarme a mí como yo acompañé a mi padre. (Transición.) ¿Tenéis pluma y papel, Pavanni?

CANCELLER.- Sí y os escucho, señor.

AURELIO.- No os esforcéis.

VÍCTOR.- Es cosa de poco... «La vida del Príncipe Víctor... se extingue dulcemente... rodeado de sus hijos...». ¿Me oísteis bien?

CANCELLER.- Sí...

VÍCTOR.- Repetídmelo...

CANCELLER.- «La vida del Príncipe Víctor se extingue, dulcemente rodeado de sus hijos».

VÍCTOR.- No, Pavanni, no... cambiasteis la coma de sitio... «La vida del Príncipe se extingue dulcemente, coma...».

CANCELLER.- Excusadme, señor. (Y él mismo rectifica el error padecido.)

VÍCTOR.- «... rodeado de sus hijos...». Lo cual es bien cierto...

(El CANCELLER se asoma a la lateral y entrega el parte a alguien que se lo recoge.)

Abrid esa ventana...

(Le obedecen. Se oyen unas campanas.)

Y esas campanas... ¿qué significan esas campanas...? Ah, ya lo entiendo... Se anticipan al parte... (Transición.) Guillermina, vete. Ha llegado la hora del señor Arzobispo y el fin de la tuya. Avisadle.

(El AYA inicia el mutis por la derecha y se aparta para dejar paso a BRUNO, cuyo carrito es empujado por OSWALDO. El AYA hace mutis definitivamente por la derecha. OSWALDO conduce a BRUNO al pie del lecho del Príncipe VÍCTOR.)

BRUNO.- Padre...

VÍCTOR.- Ah... Me consuela veros a todos conmigo. Y ahora oíd mi última voluntad. (Intenta seguir hablando, no puede.)

AURELIO.- Se ahoga, Sponcelli, ¿qué hacemos?

SPONCELLI.- No se puede hacer nada, Príncipe. Mirarle morir, solamente.

VÍCTOR.- Esas campanas... Será mejor que cerréis...

(Alguien se acerca a la ventana y la cierra.)

Ah, qué buena cosa es el silencio... Hijos míos: Dios ha querido darme una larga descendencia. Aurelio, Lauro y vosotros tres os bastáis para asegurar la dinastía. Permaneced unidos y defended el reino de sus enemigos. Una sola inquietud tengo. Todos podéis valeros por vosotros mismos... menos Bruno. Bruno está enfermo y es débil. Procurad que no le falte nada, atendedle bien. ¿Juráis ayudarle?

AURELIO.- Sí, padre.

VÍCTOR.- Decid: sí, juro.

TODOS.- Sí, juro.

VÍCTOR.- Gracias..., gracias... hijos míos..., ya puedo morir en paz. (Se ahoga de nuevo.) Abrid las ventanas... Aire, necesito aire...

(Abren la ventana. Entra el ARZOBISPO, por la izquierda, precedido de unos acólitos.)

Ah, sed bienvenido, Ilustrísima. Oídmeme en confesión y rezad por mi alma.

(El ARZOBISPO se acerca a su lecho mientras musita unas preces.)

BRUNO.- ¡Aurelio! (Estas preguntas y respuestas deberán hacerse muy rápidamente.)

AURELIO.- ¿Qué?

BRUNO.- ¡Oswaldo!

OSWALDO.- ¿Qué quieres?

BRUNO.- ¡Dalmiro!

DALMIRO.- Dime...

BRUNO.- ¡Rómulo!

RÓMULO.- ¿Para qué nos llamas?

BRUNO.- Nuestro padre se muere... ¡No me abandonéis, os lo suplico, no me abandonéis...!

(El escenario se llena con el sonido de las campanas. Todos se acercan a BRUNO y le rodean mientras cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo